

# Luchas socio-políticas, bloques históricos populares y disputas hegemónicas en la coyuntura reciente en Nuestra América

---

Alejandro Casas<sup>1</sup>

## Resumen:

Abordaremos algunas particularidades de conflictos estructurales y coyunturales de Nuestra América, con foco en las luchas sociales populares, el espacio de la sociedad civil, las disputas hegemónicas y la constitución de bloques históricos, durante el ciclo de "impugnación" del neoliberalismo y la coyuntura actual, recurriendo fundamentalmente a algunas perspectivas gramscianas, tanto desde un punto de vista más conceptual como histórico.

## Palabras clave:

Conflictos Estructurales - Luchas Socio-Políticas - Bloques Históricos - Hegemonía - Pos-Neoliberalismo - Nuestra América.

## Abstract:

We will address some particularities of structural and conjunctural conflicts of Our America, with a focus on popular social struggles, the space of civil society, hegemonic disputes and the constitution of historical blocks, during the cycle of "challenge" of neoliberalism and the current situation, fundamentally resorting to some Gramscian perspectives, both from a more conceptual and historical point of view.

## Keywords:

Structural Conflicts - Socio-Political Struggles - Historical Blocks - Hegemony - Post-Neoliberalism - Our America.

## Introducción<sup>2</sup>

Haremos referencia en este trabajo a algunas particularidades de los conflictos y las luchas por la hegemonía y la constitución de bloques históricos populares en la coyuntura latinoamericana reciente, poniendo el foco en las luchas de clase y sociales de los movimientos sociales o sujetos colectivos populares y en las correlaciones socio-políticas de fuerza. Entendemos también estos aportes y problematizaciones en relación a temáticas de investigación, formación y de intervención referentes al campo académico del Trabajo Social.

---

<sup>1</sup> Doctor y Magíster en Servicio Social por la Universidad Federal de Río de Janeiro, Brasil. Asistente social universitario por la Universidad de la República (UdelaR), Uruguay. Posdoctorado con el profesor Michael Löwy en París, 2018. Profesor Titular del Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República de Uruguay, con régimen de dedicación exclusiva. Coordinador de la Maestría en Trabajo Social. Docente coordinador del Proyecto Integral Sujetos colectivos y organización popular, e investigador en temáticas de pensamiento crítico en América Latina, sujetos colectivos, Ética y Trabajo Social. Integrante de Red Fomerco (Foro Universitario Mercosur). Ex integrante de la Comisión redactora del Código de Ética del Trabajo Social en Uruguay.

<sup>2</sup> Este trabajo supone una contribución original y de responsabilidad del autor, pero recoge algunos insumos y avances anteriores sobre estas temáticas presentados en algunos eventos académicos de Uruguay y la región. Cabe mencionar también como uno de dichos antecedentes el trabajo realizado con Alicia Brenes (Brenes y Casas, 2017)

Comprender Nuestra América (recuperando el concepto martiano), supone necesariamente pensarla como una región que ha mantenido algunas particularidades relativamente persistentes a lo largo de su historia moderna, pautadas originariamente por la conquista, el colonialismo y luego por un capitalismo dependiente. Ello obviamente implica tomar en cuenta los propios vaivenes, luchas y procesos socio-políticos que la han caracterizado y que han transformado sus sociedades, así como las coyunturas globales y regionales en las que han estado insertas. Supone entenderlas también en su diversidad y en las particularidades intransferibles de sus diversas conformaciones y contradicciones regionales y locales.

Para ello, teniendo como telón de fondo la importancia de tener presente líneas de conflicto social relativamente persistentes a lo largo de la historia moderna de nuestras sociedades, nos centraremos en el análisis de la historia reciente desde una perspectiva de mediano plazo, con foco en los conflictos y luchas sociales y políticas “impugnadores” del legado neoliberal (Ouviaña y Thwaites Rey, 2019), llegando hasta la actualidad. Ello supone detenernos en el ciclo actual, pautado, predominante y no sin fuertes resistencias, crisis y reequilibrios, por un avance de las fuerzas de la derecha y de los intereses del gran capital, en un contexto de reestructuración capitalista regresiva global, efectos que se vieron agravados sin duda por la emergencia sanitaria durante 2020 y 2021.

En base a un referencial vinculado a algunas categorías gramscianas e interpretaciones cercanas, destacaremos algunos desafíos teóricos y políticos para problematizar los ámbitos, novedades y alcances de algunas luchas socio-políticas en la coyuntura más reciente en la región. Para ello presentaremos y discutiremos algunas tesis sobre la interpretación sobre el (¿los?) ciclo progresista reciente, la correlación de fuerzas, las crisis hegemónicas y la constitución de bloques históricos en la coyuntura actual, con foco en el protagonismo y desafíos de los movimientos populares en la región con vocación transformadora.

Al mismo tiempo nos apoyaremos en algunos elementos interpretativos de más largo aliento para la comprensión de algunas de las particularidades del capitalismo latinoamericano, de los conflictos y luchas sociales en nuestras formaciones sociales, y en particular sobre la cuestión de los imaginarios y las temporalidades diversas que atraviesan a muchas luchas de clase y sociales en la región.

Se intenta rescatar la potencialidad democratizante de las luchas en la sociedad civil y de los movimientos populares, pero al mismo tiempo se destacan las posibilidades de articulación socio-política en torno a algunas herramientas o coaliciones partidarias, incluyendo a otros grupos sociales, instituciones e intelectuales, rescatando a su vez las posibilidades de lucha “dentro” del Estado (inspirándonos en el propio Gramsci y algunas formulaciones del último Poulantzas (1979)), y por su transformación al servicio de proyectos anticapitalistas, emancipatorios y radicalmente democráticos.

Se trata de una presentación necesariamente panorámica de una problemática muy compleja, y por lo tanto supone necesariamente un carácter abierto y polémico, que esperamos pueda dejar planteadas una serie de pistas de análisis y problematización sobre dichas cuestiones. La propuesta que aquí realizamos implica, para el estudio de las formaciones sociales latinoamericanas, estar atentos a las diversidades nacionales y regionales, aún en el marco de determinaciones más generales que unifican y condicionan a nuestras sociedades. En este trabajo nos situaremos en una perspectiva más global y de identificación de determinaciones más generales, no pretendiendo dar

cuenta aquí de una atención suficiente a las particularidades de los casos nacionales, salvo algunas referencias más concretas, o para ilustrar algunas de dichas tendencias generales o especificidades.

## **1. Colonialismo, capitalismo dependiente, sociedad civil y luchas por la hegemonía en *Nuestra América***

Es posible hablar de procesos histórico-estructurales de dependencia económico-política y cultural de Nuestra América, al menos desde los procesos de la conquista ibérica y de las luchas entre las potencias mundiales por la constitución de un nuevo orden mundial. Es decir, que tanto si pensamos en todo el proceso de conquista y colonización de estas tierras por dichas potencias, así como del exterminio y sometimiento de sus poblaciones originarias y africanas, como si observamos el proceso de las independencias políticas que afectaron a buena parte del subcontinente en el siglo XIX, o si nos detenemos en algunas transformaciones más contemporáneas en el siglo XX y lo que va del XXI, podemos identificar esta característica estructural y persistente.

En este sentido podemos afirmar que a lo largo del siglo XIX y buena parte del XX nuestras formaciones sociales se articularon en torno a Estados débiles y patrimonialistas, y a estructuras económico-productivas dependientes y fuertemente orientadas hacia los mercados externos, vinculados con los intereses de las grandes potencias y capitales ya globales, así como con aquellos de las élites y oligarquías criollas, generalmente subordinadas frente a dichos poderes supranacionales. Esto se emparenta con la presencia de sistemas democráticos sumamente inestables y restrictivos (salvo algunas excepciones), tanto desde el punto de vista de la participación política, como sobre todo por el alcance muy limitado de los derechos económicos, políticos, sociales y culturales que los diversos Estados y sociedades pudieron garantizar para las mayorías sociales. Aquello que Gramsci tematizó para la realidad italiana de su tiempo y de lo que caracterizaba como las sociedades “occidentales”, en términos de una gestación moderna de la esfera de la “sociedad civil” y de los procesos de “socialización de la participación política”, ha sido más bien minoritario en nuestras formaciones sociales, asimilándolas más bien en este sentido a su concepto de las “sociedades orientales”<sup>3</sup>, pero también ciertamente se han

---

<sup>3</sup> Iremos haciendo referencias puntuales a algunos conceptos y perspectivas gramscianas a medida que nos vayamos adentrando en la argumentación y exposición, en el entendido que es necesario volver a sus planteos originales, ya que los mismos no siempre han sido bien interpretados, o han sido incluso tergiversados en algunas lecturas. Sintetizando mucho diremos que para Gramsci la sociedad civil se inscribe en el marco de una “teoría ampliada del Estado” para las sociedades capitalistas ‘occidentales’, donde la sociedad civil aparece como escenario privilegiado de disputa por la ‘hegemonía’. El Estado (en sentido estricto) y sus aparatos burocrático-ejecutivos continúan siendo un instrumento de coerción y dominación al servicio de una clase, pero se amplían para incorporar funciones de búsqueda de legitimidad y consenso, incluyendo de esta manera a la propia sociedad civil, bajo el concepto de ‘Estado integral’. En las ‘sociedades occidentales’ se ha producido un proceso de ‘socialización de la política’ que se vincula con el desarrollo y expansión de distintas instituciones y funciones sociales y culturales; sistema escolar, iglesias, partidos políticos, organizaciones profesionales, medios de comunicación, participación de los intelectuales, etc. En estos ‘aparatos privados de hegemonía’ la adhesión a los mismos es voluntaria y no coercitiva, teniendo además una clara dimensión pública y política: “En Oriente el Estado era todo, la sociedad civil era primitiva y gelatinosa: en Occidente, entre Estado y sociedad civil existía una justa relación y bajo el temblor del Estado se evidenciaba una robusta

producido combinaciones socio-históricas novedosas e híbridas entre ambas concepciones en nuestras realidades sociales<sup>4</sup>.

A pesar de ello, y desde una perspectiva de larga duración, nos parece importante destacar la permanente emergencia, resistencia y tentativas de constitución de alternativas sociopolíticas que han intentado constituir otras propuestas y realidades, más parciales o más globales, frente a las dominaciones más estructurales que han marcado nuestras sociedades<sup>5</sup>. Sin embargo, más allá de la importancia de estas luchas y de su carácter potencialmente democratizador, entendemos que se trata también de plantear la cuestión de la disputa por una hegemonía alternativa a la dominante, y por lo tanto recurriendo al concepto gramsciano de sociedad civil, poniendo la discusión en torno a la praxis de la construcción de alternativas socio-políticas emancipatorias y en su necesaria articulación hegemónica, en sociedades atravesadas por un capitalismo dependiente y por relaciones estructurales de subordinación de nuestras sociedades civiles<sup>6</sup>.

---

estructura de la sociedad civil. El Estado era sólo una trinchera avanzada, detrás de la cual existía una robusta cadena de fortalezas y casamatas". (Gramsci, 2003: 83). Cabe aclarar que esta distinción entre sociedades occidentales y orientales es más bien analítica y no geográfica en Gramsci, tampoco es estática sino procesual. Véase, también, entre otros, Coutinho, 1999.

Las traducciones del portugués al castellano en el trabajo, cuando corresponden, son de nuestra autoría.

<sup>4</sup> Sin poder entrar aquí a profundizar en este debate, por ejemplo Carlos Nelson Coutinho analiza esta cuestión para la formación social brasileña, apelando a los conceptos gramscianos de 'revolución pasiva' y 'transformismo', analizando al Brasil como un caso de sociedad predominantemente 'oriental' a lo largo de buena parte de su historia moderna, pero con ciertos rasgos occidentalizantes: "Lo que vuelve posible afirmar la predominancia de puntos de semejanza con el modelo "oriental" es el hecho de que no sólo la sociedad civil era hasta hace poco tiempo "primitiva y gelatinosa", sino también que el Estado [...] fue siempre bastante fuerte" (1988; 120-121). Por su parte Juan Carlos Portantiero (1977) en su clásico trabajo "Los usos de Gramsci" analiza también esta cuestión en general para los países latinoamericanos, llegando a la conclusión de la imposibilidad de tratar como "sociedades orientales" a los países más "desarrollados" de América Latina (Argentina, Brasil, Colombia, Chile, México, Uruguay y Venezuela) (en Coutinho, 1988). Algo similar intentamos realizar, de forma más hipotética y preliminar, para el caso uruguayo en Casas (2018).

<sup>5</sup> En este sentido podríamos nombrar un sinnúmero de diversas iniciativas y procesos sociales que han contribuido en este sentido: desde rebeliones de las comunidades negras o indígenas, de los criollos sometidos por el poder colonial, revoluciones sociales o políticas más que trascendentes en la región, luchas de clase desde los movimientos de trabajadores, luchas sufraguistas de las mujeres o colectivos indígenas, luchas nacional-populares con cariz anticolonial, antiimperialistas y anticapitalistas, movimientos culturales, de derechos humanos, movimientos de economía social y solidaria con componentes autogestivos y de autoorganización, de educación y comunicación popular, de promoción de la soberanía alimentaria, de defensa de los recursos naturales y contra el neo-extractivismo, construcciones autonómicas de colectividades indígena-campesinas, asambleas y movimientos barriales urbanos, movimientos juveniles, intelectuales o universitarios, movimientos feministas y de diversidad sexual, recurriendo también a importantes luchas político-partidarias de carácter alternativo, etc.

<sup>6</sup> En ese sentido Lucio Oliver, desde una relectura gramsciana y de mutua codeterminación entre Estado y sociedad civil (con su noción de Estado integral), destaca los procesos de relativa debilidad y subordinación de las sociedades civiles en nuestras formaciones sociales, generalmente asociadas a una dimensión económico-corporativa (no ético-política), y a un peso distorsionado al Estado (en sentido estricto). Dicha configuración se vincula fuertemente con garantizar los intereses de las élites y clases dominantes y de acumulación del capital local-trasnacional. Para el autor la sociedad civil aparece vinculada al trabajo, la organización y la cultura, pero está atravesada también por la dominación del capital, sobre todo si no se constituye autónomamente como fuerza dirigente del Estado: "generalmente en América Latina el Estado ha sido el que determina las decisiones, la sociedad civil ha sido una sociedad fuerte, con cultura, y algún grado de organización, pero normalmente atravesada por eso que Gramsci llamaba una perspectiva económico-corporativa, es decir, muy implicada en los

La hegemonía, desde Gramsci, es entendida como el espacio de la lucha por la dirección política y cultural de una sociedad (o incluso se puede trasladar al plano internacional, como lo han hecho diversos estudios)<sup>7</sup>, entendida como una combinación de una 'reforma intelectual y moral' (o de una 'nueva cultura') y el despliegue de una voluntad colectiva 'nacional-popular'<sup>8</sup>. Pero ello no implica que la hegemonía se desligue de la transformación de las relaciones de producción capitalistas. Para Gramsci la hegemonía se vincula fundamentalmente con el plano de la sociedad civil, pero esta no es una esfera estrictamente autónoma del plano de las relaciones sociales de producción y de la estructura económica de una sociedad (como tampoco lo está en relación al Estado estricto, como veíamos), sino que está articulada con distintas mediaciones, con el ámbito de la producción y reproducción de la vida social, y por lo tanto no se desliga de las luchas entre las clases sociales "fundamentales" en una sociedad<sup>9</sup>. La sociedad civil se convierte más bien en el escenario donde las luchas de clases, la llamada 'cuestión social' y otras manifestaciones del conflicto social asumen una forma político-ideológica-cultural. La sociedad civil y la lucha por la hegemonía suponen también el énfasis en la "guerra de posiciones", en torno a los aparatos privados de hegemonía, y deja en un segundo plano el de la "guerra de movimiento" (entendida como la toma del poder y control sobre los aparatos burocrático ejecutivos del Estado)<sup>10</sup>.

Las luchas por la hegemonía admiten una elasticidad importante desde el punto de vista interpretativo, lo que enriquece y complejiza la perspectiva teórica de nuestro autor. Pueden ser tanto referenciadas para analizar las relaciones de hegemonía que

---

intereses inmediatos como sociedad [...] no siempre planteándose el problema que en la propia sociedad civil debe gestarse una concepción general de la política, una serie de valores muy prácticos que le permitan a la sociedad reconocerse como fuerza dirigente del Estado. Y como ello no ha sucedido, la sociedad civil no se reconoce, uno, ni como sociedad civil, y dos, mucho menos como fuerza dirigente del Estado. Y entonces generalmente las relaciones Estado-sociedad civil han permitido que el Estado sea el elemento dominante de esa ecuación". (Oliver, 2018:16)

<sup>7</sup> Gramsci, como marxista e internacionalista, no desconocía la importancia del análisis del capitalismo como un sistema mundial, y también la existencia de relaciones de fuerza a nivel interestatal. Por ejemplo, en su abordaje sobre las relaciones de fuerza, indica que deberíamos comenzar por "las relaciones de las fuerzas internacionales (...)" (Gramsci, 2003: 51)

<sup>8</sup> Como indica Coutinho, Gramsci no pierde de vista el momento unitario y dialéctico entre sociedad política y civil, a través del concepto de 'supremacía', que unifica, sin homogeneizar, la hegemonía y la dominación, el consenso y la coerción, la dirección y la dictadura: "La supremacía de un grupo social se manifiesta de dos modos, como 'dominio' y como 'dirección intelectual y moral'. Un grupo social es dominante de los grupos adversarios que tiende a 'liquidar' o someter también por la fuerza armada; y es dirigente de los grupos afines y aliados" (Gramsci en Coutinho, 2006: 37-8)

<sup>9</sup> Gramsci se preguntaba concretamente si podía haber una reforma cultural (o intelectual/moral) sin una reforma económica. Su respuesta era claramente negativa: "una reforma intelectual y moral no puede dejar de estar ligada a un programa de reforma económica; más precisamente, el programa de reforma económica es exactamente el modo concreto a través del cual se presenta toda reforma intelectual y moral" (Gramsci, 2000: 19). Previniéndonos de cualquier culturalismo en Gramsci, en otro pasaje de Los Cuadernos indicará: "si la hegemonía es ética política, no puede dejar de ser también económica, no puede dejar de tener su fundamento en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo decisivo de la actividad económica". (Gramsci en Liguori, 2013: 30)

<sup>10</sup> "(...) Gramsci quiere destacar el carácter procesual y molecular de la transición revolucionaria en las sociedades "occidentales": la expansión de la hegemonía de las clases subalternas implica la conquista progresiva de posiciones a través de un proceso gradual de agregación de un nuevo bloque histórico, que inicialmente altera la correlación de fuerzas en la sociedad civil y termina por imponer la ascensión de una nueva clase (o bloque de clases) al poder del Estado". (Coutinho, 1994: 60)

establecen las clases y fracciones dominantes o hegemónicas, como para tematizar la búsqueda de una hegemonía alternativa, llevada adelante por las clases y grupos subalternos, los trabajadores y el pueblo trabajador, incluyendo aquí las luchas que se traban en el seno de los aparatos privados de hegemonía, junto con un conjunto de intelectuales orgánicos y grupos sociales aliados.<sup>11</sup> La hegemonía no puede desligarse tampoco del “análisis de las relaciones de fuerza”, ni del concepto de “bloque histórico” (conceptos gramscianos sobre los que volveremos luego).

## **2. Algunos elementos interpretativos para el estudio de los conflictos y luchas sociales en la región**

Antes de pasar al análisis propiamente de la gestación del ciclo progresista y derivaciones posteriores, nos interesa plantear muy brevemente algunos elementos interpretativos sobre el estudio de los conflictos y luchas sociales en la región. Uno es la cuestión de las temporalidades en América Latina, y en particular cómo se manifiesta en muchas luchas y movimientos sociales. El otro aspecto es vinculado a la caracterización de las luchas de clase y sociales en América Latina. Aquí iremos un poco más allá del propio Gramsci.

Como indican Ansaldi y Giordano (2012), en América Latina existen *“tiempos (sociales y culturales) diferentes, a veces sucesivos y casi siempre superpuestos: autóctono o precolonial, colonial, mercantil, capitalista industrial y el “posmoderno” de la nueva reestructuración capitalista.”* Ello no debe entenderse como tiempos viejos y nuevos, sino como una permanente y continua *“recreación interactiva que da cuenta de una universalidad o pluralidad de culturas.”* (2012: 87). Los autores retoman, entre otros, a Aníbal Quijano, quien plantea que en América Latina se da *“una historia diferente del tiempo y un tiempo diferente de la historia”*, en relación a otros procesos, fundamentalmente europeos y norteamericanos. Las limitaciones de una percepción progresiva y unilineal del tiempo (basados también en una ingenua pero hegemónica idea de progreso), propia del racionalismo hegemónico y dominado por una razón instrumental, impiden aprehender adecuadamente dicha temporalidad, y por ende, otorgarle sentido racional (en Ansaldi y Giordano, 2012: 88).<sup>12</sup>

Breno Bringel por su parte implica fuertemente la cuestión de las diversas temporalidades en las luchas de los movimientos sociales de nuestra América:

---

<sup>11</sup> Por ej. en Casas (2018) identificábamos, para el caso uruguayo, una diversidad de modalidades y procesos de construcción hegemónica en el Uruguay, para el período de fines del siglo XIX a comienzos del XXI: desde aquellas que suponen formas de “dictadura sin hegemonía”, revoluciones pasivas “amortiguadas” que implican importantes dosis de “transformismo”, “crisis orgánicas” de hegemonía que producen quiebres en el sistema de dominación y consenso y que propician caminos “cesaristas” de claro corte regresivo y refundacional, construcciones (contra)hegemónicas que contestan desde la sociedad civil, el campo popular y las luchas político-culturales a la hegemonía de las clases y al sistema político hegemónico, así como disputas de las propias clases dominantes en el plano ético-político y de la sociedad civil, entre otras /2018)

<sup>12</sup> Esto nos llevaría inclusive a algunas discusiones nutridas de la concepción del tiempo histórico en el pensamiento de Walter Benjamin y de otros intelectuales latinoamericanos para pensar la modernidad y las luchas en América Latina, pero ciertamente escaparía a las posibilidades de este trabajo. Abordamos algunos de estos aportes desde la obra benjaminiana en Casas, 2020.

Hay en buena parte de los actores sociales en la región una búsqueda incesante por la articulación de temporalidades diversas y memorias que remite no sólo al corto, sino también al medio y al largo plazo, marcando su historicidad y una subjetividad colectiva. Eso se hace a través de la generación de diversas mediaciones y de la existencia de herencias, narrativas y referencias que retroalimentan las luchas sociales (Bringel, 2020: 212).

El autor identifica en el lenguaje político de los movimientos contemporáneos la existencia de un “repertorio político-conceptual” disponible, “que es reinventado y resignificado a lo largo del tiempo”. En diálogo con la producción de Svampa lo definirá como “*aquellas filiaciones político discursivas relativamente estables que orientan normativamente la acción colectiva y la política contestataria de los movimientos sociales*” en América Latina (Bringel, 2020: 214 cursivas destacadas por el autor). Los mismos constituyen matrices que se han ido convirtiendo en “*orientaciones estructuradoras de la acción colectiva, las prácticas sociopolíticas y las ideas generadoras de movimiento social*” (Bringel, 2020: 219). Identifica 6 matrices, que imbrican a movimientos sociales del pasado y del presente, que no son puras, sino que se entrecruzan y se redefinen históricamente, rescatando su persistencia a lo largo de la modernidad latinoamericana: la *indígena comunitaria*, en lucha contra el colonialismo y la colonialidad; la *resistencia negra y antirracista* (caracterizándose más bien por la búsqueda de recrear o reconstruir lazos y cosmovisiones en territorios que no eran los originarios del África), la del *nacionalismo periférico* (desde la independencia haitiana hasta la revolución cubana, forjándose progresivamente junto al antiimperialismo y también el populismo, con tintes también de búsqueda de la integración política latinoamericana), del *agrarismo* (que se consolida en la transición del siglo XIX al XX pero que llega hasta nuestros días), el *socialismo* (entendido en un sentido amplio, como conjunción de corrientes marxistas, utópicas, socialistas, anarquistas, socialcristianas, con importantes herencias en la inmigración europea, incluyendo diversas creaciones o adaptaciones originales y fusiones con otros repertorios, y con repercusiones en el cooperativismo, el trabajo y la producción, y la educación popular); y el *feminismo* (frecuentemente invisibilizado, con herencias europeas y en EEUU, desde las distintas “olas” del mismo, pero que se articuló también desde feminismos comunitarios, negros, indígenas, lésbicos, asambleístas, entre otros) (Bringel, 2020).

En cualquier caso, cabe la pregunta por la cuestión de la construcción hegemónica de naturaleza ético-política, volviendo al sentido gramsciano, que implica necesariamente una dirección política, intelectual y moral de un bloque histórico alternativo, que tiene también una naturaleza fuertemente cultural y un carácter universalizador. Teniendo en cuenta la presentación realizada y la existencia de diversas temporalidades en las relaciones sociales y por lo tanto también en muchas luchas, cabe preguntarnos: aquellos repertorios políticos conceptuales de larga duración en las luchas sociales latinoamericanas, así como las matrices de conflicto social identificadas, ¿tienen la misma relevancia teórica y política para un proyecto emancipador?; ¿en qué medida se habilitan interacciones/ diálogos/ articulaciones/ transformaciones entre dichas luchas y qué formas adquieren, así como qué síntesis aglutinadoras y superadoras de los intereses particulares pueden identificarse?; ¿asumir la diversidad de luchas implica que no existe un principio estructurador de

muchas o la mayoría de dichas luchas, que pueda fungir como horizonte común de su aglutinamiento, estando condenados a una necesaria fragmentación y atomización de las luchas? ¿Cómo incide la cuestión de la memoria y los imaginarios históricos en la posibilidad de articulación de dichas luchas en torno a la conformación de bloques históricos con potenciales contrahegemónicos?<sup>13</sup>

En este sentido es posible constatar con Domingues que la

pluralización de los movimientos sociales y la pérdida de una clara jerarquía entre ellos impactaron en lo que se podría definir como su descentramiento en tanto subjetividades colectivas. Su identidad es más fluída cuando se considera la sumatoria de movimientos (...) y su organización tiende en muchos casos (...) a ser más dispersa (Domingues en Pereira da Silva, 2015: 154)

Ello de alguna forma parecería poner en cuestión o redefiniría la tesis de la centralidad de la identidad de clase y de las luchas obreras y campesinas en América Latina, incluso combinándose con posiciones de nacionalismo reformista o revolucionario, en relación a nuevas luchas que han comenzado a tener expresiones políticas en los últimos años (pero que tienen expresiones muy lejanas en el tiempo). Sin embargo ello no inhabilita, a nuestro entender, postular la centralidad del conflicto y la lucha de clases en la región, que sí se ha complejizado e incorporado nuevas contradicciones y luchas sociales, pero que no ha desaparecido ni ha dejado de tener una importancia explicativa y política fundamental<sup>14</sup>.

De alguna manera algunos de estos debates reactualizan viejas discusiones teóricas y políticas sobre la constitución y la naturaleza del capitalismo en América Latina y sus diversas formaciones sociales. En América Latina no existirían propiamente clases en el sentido moderno tal como se configuraron en los países capitalistas centrales, a lo sumo tendríamos estamentos o castas “atrasados”, relaciones semi esclavistas o feudales. Muchos de estos análisis provenían tanto desde perspectivas funcionalistas como incluso amparadas en lecturas vulgares y eurocéntricas del marxismo. Ello fue también estimulado por algunas interpretaciones oriundas sobre todo de las perspectivas de los “nuevos movimientos sociales” en Europa, en particular con la perspectiva de Touraine, que tuvieron mucha influencia en América Latina y en el estudio de diversos movimientos sociales. La clase pasaría a un segundo plano, priorizando el conflicto y una sociología de la acción.

Sin embargo, como lo indicara lúcidamente Florestan Fernandes, *“las clases sociales no 'son diferentes' en América Latina. Lo que es diferente es la manera en que el capitalismo se objetiva y se irradia históricamente como fuerza social.”* (en Ansaldi y Giordano, 2012: 86). Las sociedades latinoamericanas siguen siendo *“sociedades de clase. [...] Son igualmente, y cada vez más, dependientes del capital trasnacional, ahora globalizado, pero en el interior de cada una de ellas no todos experimentan esa dependencia de igual manera.”* (Ansaldi y Giordano, 2012: 92)

Lo dicho remite también a una categoría muy interesante desarrollada por el boliviano René Zavaleta sobre lo “abigarrado” en las formaciones sociales latinoamericanas, y que está vinculada con una articulación compleja entre diversas

---

<sup>13</sup> Se trata de preguntas que podrían continuar orientando la reflexión y profundización, pero que en este trabajo sólo las abordaremos de forma preliminar.

<sup>14</sup> Abordamos algunas de estas cuestiones problemáticas en Casas (2018b).

contradicciones societales y luchas sociales, así como remite a nuevos desafíos desde el punto de vista cognitivo para las ciencias sociales. Lo abigarrado supone, en palabras de un estudioso y continuador de su obra como Luis Tapia, un *“modo de pensar la diversidad conflictiva contradictoria producida por el colonialismo”* (2016,221). Remite a

lo complejo, heterogéneo, además en condiciones de dominación, lo cual implica mayores complicaciones o dificultades para el conocimiento. Lo colonial y lo capitalista configuran formas intrincadas de dominación y de velamiento de las relaciones sociales. El grado de abigarramiento que existe en los procesos históricos de articulación de cada forma primordial es un grado de su debilidad, del grado de colonialismo que aún mantienen. (Tapia, 2006: 221)

En este sentido lo abigarrado puede interpretarse también en términos de una diversidad de relaciones de producción, combinadas de forma particular, pero que sin embargo continúan siendo estructuradas por la potencia y el dominio del capital, existiendo sin embargo, elementos económicos y políticos propios, que *“frenan y deforman el desarrollo capitalista”* (Oliver, 2006: 226). Se trata de sociedades de un capitalismo dependiente, *“sin una base industrial desarrollada y autónoma”* (Oliver, 2006: 226-7), que se basan en la superexplotación del trabajo por el capital (recordemos la categoría formulada por Marini), y de esa forma son subordinadas al capitalismo mundial.

### **3. Ciclos de luchas sociales, reconfiguraciones capitalistas y recomposición hegemónica neoliberal sobre fines del siglo en la región**

Al intentar ahora repasar brevemente algunas de las transformaciones socio-políticas y económicas de las últimas décadas en América Latina podremos dar cuenta, esperamos, de una cierta continuidad con ciertos clivajes de conflictos estructurales reseñados anteriormente, al mismo tiempo que la apertura de nuevas luchas y redefinición de nuevos conflictos.

Las dictaduras de seguridad nacional que se desarrollan sobre fines de los 60 y comienzos de los 70 en la región intentaron controlar, enfrentar y aniquilar un amplio y potente ciclo de grandes movilizaciones, rebeliones y revoluciones sociales y políticas en la región, en particular aquellas abiertas con el triunfo de la revolución cubana y los procesos de transformación social y cultural de los años 60, que se expanden a escala planetaria.<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> Recordemos que dicho contexto estaba dominado por las tensiones de la guerra fría y la constitución de alternativas como la de los “países no alineados”, vinculados fuertemente al proceso de descolonización en África y Asia pos segunda guerra mundial. Recordemos también el auge de los tímidos Estados sociales en América Latina, vinculados con el período de sustitución de importaciones a partir de la década del 30 y sobre todo en la segunda posguerra, articulado en algunos países desde formatos populistas, nacional-populares o social-democráticos, y que permitió en muchos casos la ampliación de derechos sociales y políticos a amplias masas populares y de trabajadores en nuestros países. Todo ello entra también en crisis en los 60. La existencia de movimientos de izquierda revolucionaria será una realidad en muchos países de la región en esta década, al amparo sobre todo de concepciones foquistas, que se combinan por ejemplo con alternativas de construcción del socialismo por la vía democrática, como lo atestigua la experiencia de la Unidad popular en Chile. Dichas

En la resistencia y salida de dichas dictaduras se presenta otro ciclo ascendente de movilizaciones populares y de re-democratización, desde comienzos de los 80, que de alguna forma vuelve a traer, en otras bases y coyuntura, el amplio ciclo de movilizaciones que coincide con la crisis del período más propiamente nacional-desarrollista a fines de los 50 y durante la década de los 60. Pero sin duda este nuevo ciclo ya carga con la importante represión y desarticulación que desarrollaron las dictaduras sobre la sociedad civil organizada, los sindicatos y otros movimientos populares, las universidades públicas, entre otros actores, y se verá fuertemente marcado por las políticas de ajuste estructural y la desigualdad creciente que comenzarán a desplegarse fuertemente en el continente luego de la década de los 80, con particular énfasis en los 90.

Esto se vincula claramente con un proceso de recomposición capitalista a nivel planetario que se produce a mediados de la década de los 70, y que incluye transformaciones significativas en los procesos de reestructuración productiva y regulación socio-política, con el pasaje de formatos fordistas y dosis de keynesianismo, a propuestas más de tipo “toyotista” y de ajuste estructural, basados en procesos de acumulación flexible y de “acumulación por desposesión” (Harvey, 2006). Todo ello tiende a desmontar y poner en cuestión importantes derechos consagrados, aún limitados en el contexto de la periferia capitalista, en el período 45-70. Se ataca frontalmente a las organizaciones de trabajadores y se promueven procesos de incremento sostenido de la desigualdad y de la concentración y centralización del capital, bajo el comando del capital financiero<sup>16</sup>.

La década de los 80 aparecerá marcada como aquella década perdida para América Latina, incluyendo el manejo de las crisis de deuda que harán los grandes capitales financieros y organismos multilaterales de crédito, que dará lugar en los 90 a la implementación de las perspectivas más decididamente neoliberales y aperturistas, al amparo de las recetas del Consenso de Washington. La recuperación democrática se limitará básicamente a su carácter representativo o procedimental, no incidiendo sustancialmente en la ampliación de derechos para las grandes mayorías, a pesar de que en algunos casos se retoman ciclos de crecimiento económico que sólo agravan las desigualdades ya existentes. Las políticas neoliberales por su parte promoverán procesos de desindustrialización y apertura indiscriminada de capitales. Por su parte el Estado en esta reconfiguración capitalista global (con especial énfasis en los países periféricos dependientes), asume una realidad cada vez más pautada por el Estado neoliberal, llamado por Lucio Oliver (2018) como “Estado de competencia”. El mismo se caracteriza como

aquel Estado cuyo objetivo central es competir en el ámbito mundial para valorizar el gran capital económico financiero transnacional [...]

---

alternativas, como sabemos, son fuertemente combatidas por gobiernos militares o cívico militares, con apoyos directos desde la política exterior norteamericana. Por otra parte, dichas dictaduras constituyen un caldo de cultivo significativo para la implementación de políticas neoliberales y de ajuste estructural, del cual el ejemplo chileno es el más sobresaliente.

<sup>16</sup> Otros procesos revolucionarios continuarán en los 70 y 80 en América Central sobre todo, incluyendo aquí a los movimientos de la guerrilla colombiana que ya venían con presencia desde la década de los 60, dando lugar a revoluciones victoriosas como la sandinista a fines de los 80, a o otras situaciones como las de el Salvador o Guatemala, que supondrán una amplísima presencia del terrorismo de estado y del imperialismo norteamericano.

Estados [...] que normalmente dejan de lado a la sociedad civil, a la mayoría popular de las sociedades, y se concentran en valorizar, en crear las condiciones de valorización de las inversiones del gran capital transnacional [...] ello hacía que la noción de Estado de competencia en realidad fuera rentismo para los políticos y para empresarios nacionales, que entonces dedicaban toda su energía a esas políticas de vinculación subordinada al mercado mundial, y ellos reconocían su papel como vehículos de esa globalización, a través del estímulo al rentismo, es decir al rentismo financiero (Oliver, 2018: 17-18).

Es de destacar por su parte la aparición de otro ciclo ascendente de luchas de rebeliones y resistencias, sobre todo a partir de mediados de los 90, que incluirá a diversos movimientos y luchas sociales y políticas, que en buena medida cuestionará dicho ciclo de acumulación global y regional, de políticas neoliberales y de los Estados “de competencia”. En este sentido puede nombrarse como antecedente la rebelión, fuertemente reprimida, del Caracazo en Venezuela en 1989, frente al ajuste estructural el gobierno de Carlos Andrés Pérez. Vendrá luego el ciclo abierto por las movilizaciones del EZLN en México a partir de 1994, los plebiscitos y referéndums contra las privatizaciones en Uruguay en los 90 y comienzos de siglo, las movilizaciones piqueteras y de desocupados de fines de los 90 en el interior argentino y su combinación con otras rebeliones en la crisis del 2001, las guerras del agua en 2000 y del gas en 2003 en Bolivia. En el caso brasileño pueden nombrarse como antecedentes las luchas del Movimiento Sin Tierra en Brasil a comienzos de los 80 (con antecedentes en las Ligas Camponesas), el proceso de redemocratización y la Constitución “ciudadana” de 1988, así como otras luchas contra las políticas neoliberales de los 90. Deben también indicarse como emergentes la reorganización y reunificación de las luchas indígena-campesinas en Ecuador, Colombia, Guatemala o Paraguay (ya con antecedentes en algunos casos en la década de los 70 y 80), las luchas de los estudiantes o del pueblo mapuche en Chile, de grupos y movimientos de mujeres, de luchas por los derechos humanos, entre otras. En muchas ocasiones dichas movilizaciones, rebeliones y reorganización de las luchas sociales y populares son un elemento catalizador del cuestionamiento social a las políticas y gobiernos neoliberales, y favorecen también el avance de diversas fuerzas sociopolíticas preexistentes o la creación de nuevos instrumentos político partidarios, dando lugar al triunfo electoral de fuerzas de izquierda o nacional-populares en diversos países de América Latina, particularmente en América del Sur pero también impactando en América Central y el Caribe. Ello da lugar al inicio del llamado ciclo progresista, que va al menos desde el primer triunfo presidencial de Chávez y del movimiento V República en 1998, hasta mediados de la segunda década del nuevo siglo, marcada por el golpe parlamentario a Dilma Rousseff y al gobierno del PT en 2016 (entre otros procesos). Por la importancia que ha tenido el mismo en cuanto a su impacto sobre los movimientos sociales populares, las luchas por la hegemonía y la reconfiguración de bloques históricos social y populares, es que intentaremos primero caracterizar adecuadamente dicho proceso, para centrarnos luego en la coyuntura más reciente.

#### 4. Hacia una primera caracterización y balance del ciclo progresista

Como indicábamos, combatiendo el período de hegemonía neoliberal en el subcontinente, sobrevino una ola de luchas socio-políticas, con importante protagonismo de los movimientos sociales populares, que dio lugar a la emergencia y desarrollo de gobiernos de orientación progresista o de centro izquierda, de carácter neodesarrollista o posneoliberal según los enfoques, de carácter más revolucionario o reformista según los casos. Ello ha modificado parcialmente los bloques históricos<sup>17</sup> y la orientación de los proyectos societales en la región. En este último lustro asistimos a un deterioro de muchos de estos procesos, y al avance innegable de fuerzas de la derecha económica y política, con tentativas de reestablecimiento de sistemas de dominación neoliberal y neoconservador, de carácter concentrador y excluyente, que son parcialmente puestos en cuestión por algunas luchas y transformaciones más recientes.

Algunas preguntas surgen en este contexto, en términos de la constitución de bloques históricos y disputas (contra) hegemónicas, con especial destaque para los movimientos populares, que intentarán ordenar nuestra reflexión: ¿cómo caracterizar los procesos de emergencia, consolidación y crisis de los gobiernos y fuerzas socio-políticas de izquierda en la región?; ¿qué desafíos supone ello para los márgenes y posibilidades de acción cultural y política de los movimientos sociales populares y de las fuerzas progresistas, de izquierda y los proyectos transformadores en América Latina?; ¿es posible hablar de que se han constituido efectivamente nuevos bloques históricos con perspectiva contrahegemónica, o dicha posibilidad ha sido obstruída por las dificultades y tensiones observadas al interior del mismo bloque?; ¿es posible entender el avance de las fuerzas de la derecha y más conservadoras como una respuesta en el plano de las luchas hegemónicas, o estamos frente a soluciones que apuestan fuertemente a la coerción para sostener nuevas modalidades de acumulación capitalista? ¿cómo entender la posibilidad de articulación de luchas sociales tan diversas, que además suman nuevas expresiones en estos últimos años, en un contexto pautado por una fuerte ofensiva del capital en versiones cada vez más barbarizantes?

En esta emergencia de dichos gobiernos progresistas que afectó (aunque con grados diversos) a toda la región latinoamericana y caribeña, pueden distinguirse distintas situaciones: aquellos procesos que transitaron por procesos de “crisis orgánica” (Gramsci, 1980)<sup>18</sup> de sus sistemas de dominación y relaciones hegemónicas

---

<sup>17</sup> Sobre el concepto de 'bloque histórico', el mismo se vincula centralmente con su concepción de la hegemonía, tanto en el plano del análisis de la realidad social bajo una perspectiva de totalidad, como en sus implicancias políticas. Siguiendo a Coutinho, quien retoma el análisis de Hughes Portelli, el concepto tuvo en la obra de Gramsci dos acepciones fundamentales, aunque interconectadas. En primer lugar, se puede entender como la totalidad concreta formada por la articulación de la infraestructura material y las superestructuras político-ideológicas, que reniega de las interpretaciones economicistas o reduccionistas presentes en diversas lecturas del “marxismo vulgar”. En segundo lugar, como una alianza de clases bajo la hegemonía de una clase fundamental en el modo de producción, cuyo objetivo es conservar o revolucionar una formación económico-social existente. “La relación dialéctica se da en la medida en que la construcción de un “bloque histórico”, en el segundo sentido, implica la creación de una nueva articulación entre economía y política, entre infraestructura y superestructura” (Coutinho, 1999: 153)

<sup>18</sup> Ver notas 27 y 28 sobre el concepto de “crisis orgánica” de hegemonía y su vinculación con el “cesarismo”.

(Pereira da Silva, 2015), de aquellos que procesaron transiciones de un modo más gradual, a partir de momentos de crisis de hegemonía de los bloques históricos anteriores en el poder. En el primer grupo podemos ubicar las experiencias de Venezuela, Bolivia y Ecuador, y en parte de Argentina con el kirchnerismo; en el segundo caso la experiencia uruguaya, la brasileña, la salvadoreña, nicaragüense, paraguaya, entre otras.

En su generalidad puede indicarse que dichos gobiernos, más allá de las especificidades, han promovido algunas transformaciones significativas en algunos planos. En el ámbito interno pueden nombrarse sin duda un mayor papel del Estado en la vida económica y social, interviniendo más activamente en la regulación de las relaciones laborales y negociación con sectores empresariales, implementando estatizaciones o nuevas regulaciones en sectores estratégicos (petróleo, gas, minería, empresas públicas, fuentes renovables de energía, etc.), desarrollando diversas infraestructuras, desplegando planes sociales con mayor amplitud para sectores en situación de pobreza e indigencia (aunque ciertamente dichos planes ya venían desde la década de los 90), incrementando el gasto público social y el fortaleciendo el sistema de protección social, garantizando en algunos casos (u oponiéndose en otros, según los casos) una nueva “agenda de derechos” (IVE, matrimonio homosexual, despenalización del consumo de marihuana, etc.) o los derechos de la naturaleza (Ecuador y Bolivia), promoviendo el esclarecimiento de las investigaciones sobre las violaciones a los derechos humanos cometidos por las dictaduras, avanzando en algunos casos en la regulación de los grandes monopolios de la comunicación, como en el caso argentino, etc. Al mismo tiempo se desarrollaron nuevos mecanismos de participación ciudadana y de democracia directa, fundamentalmente en el caso de Bolivia, Ecuador y Venezuela, aún con variantes internas significativas entre ellos (cf. Pereira da Silva, 2015), destacándose el caso boliviano (donde se incorpora además por la vía constitucional la plurinacionalidad de su Estado y el reconocimiento de las autonomías indígenas)<sup>19</sup>.

En el plano regional e internacional también pueden notarse la redefinición o creación de nuevos mecanismos de coordinación y articulación conjunta supranacional (creación de UNASUR, CELAC, ALBA, fortalecimiento del MERCOSUR, creación de Telesur, Banco del Sur, Petrocaribe, etc.), fortaleciendo de este modo algunos procesos de integración y cooperación regional, incluso social y cultural, al mismo tiempo que procurando frenar iniciativas de bloqueo político-económico a varios de estos gobiernos desde sectores oligárquicos o aliados al imperialismo norteamericano. Hubo ejemplos en este sentido desde la UNASUR enfrentando los intentos desestabilizadores de la “media luna” boliviana en 2008, el golpe a Zelaya en Honduras

---

<sup>19</sup> Sin embargo, como indica Stoessel (2014), las propias constituciones a veces entran en contradicciones entre el rol más activo del Estado en el control de los recursos naturales desde un proyecto nacional-popular, y los nuevos derechos y orientaciones que pretende garantizar en un horizonte comunitario y poscapitalista: “en las Constituciones de Bolivia y Ecuador, la incorporación del paradigma del “buen vivir” -reconocimiento de los derechos de la naturaleza; autonomías indígenas; límites a la actividad extractiva- se ha perfilado como un componente fundamental de una agenda encaminada a implementar alternativas al desarrollo capitalista (Escobar, 2010). No obstante, esta agenda choca con diversos principios rectores contenidos en las Constituciones. La centralidad otorgada al Estado en el marco de la construcción de un proyecto que abreva en una matriz nacional-popular (Stefanoni, 2006; 2012) entra en tensión con el componente plurinacional atribuido al Estado así como con las autonomías indígenas reconocidas” (Stoessel, 2014: 137)

en 2009, la tentativa de golpe policial contra Correa en 2010, y condenando el golpe de Estado en Paraguay en 2012 (que implicó también su suspensión del Mercosur y el ingreso de Venezuela). En este sentido cabe decir que también existió una disputa hegemónica importante en el plano continental, buscando nuevos equilibrios geopolíticos y de poder a nivel global, incluyendo articulaciones sur sur, por ejemplo con países africanos y asiáticos, o la creación de los BRICS. Otro ejemplo claro de estas articulaciones fue, en conjunto con muchas luchas de movimientos sociales, el freno al proyecto del ALCA bajo hegemonía norteamericana en Mar del Plata en 2005, que ciertamente contó también previamente con una importante acción contraria de parte de muchos movimientos sociales del continente, en particular el MST de Brasil.

Caracterizamos a estos gobiernos como ubicados en el campo de la tentativa (no exenta de múltiples contradicciones) de constitución de una hegemonía posneoliberal, en base a la búsqueda de la articulación (no sin grandes conflictos) de un nuevo bloque histórico social y popular en un eje de centroizquierda, y con proyectos colectivos que han oscilado entre perspectivas más jacobinas y de carácter “socializante” (inspiradas por ejemplo en el llamado socialismo del siglo XXI o en propuestas comunitarias con claras influencias indígenas en Bolivia p. ej.), y otras más de carácter neo-desarrollista o social-liberales.

Entendemos que se trata de procesos, que aún en sus diferenciaciones, han mantenido estrategias relativamente similares en el plano de las concepciones político-económicas, y que pueden ubicarse en un campo relativamente común de “impugnación” de los legados neoliberales (Thwaites Rey, 2016; Ouviaña y Thwaites Rey, 2019; Oliver, 2018)<sup>20</sup>. En todo caso parece también razonable hablar de izquierdas “renovadoras” y “refundadoras” (Pereira da Silva, 2015), pero que son parte de un mismo ciclo y que comparten un piso básico de reivindicaciones comunes y progresistas (aun asumiendo la ambigüedad que este término presenta). En este sentido tenemos una visión crítica acerca de la existencia de la tesis de las dos izquierdas, una populista y autoritaria, y otra apegada a la democracia formal y de carácter más socialdemócrata, que serían radicalmente diferenciadas según los procesos nacionales y sus divergentes orientaciones<sup>21</sup>.

Otra característica de estas nuevas izquierdas y gobiernos, es que acceden a los mismos por la vía electoral, habiendo en muchos casos logrado mantenerse en sucesivas elecciones. No es menor la revalorización que hacen las izquierdas de la lucha democrático-institucional, intentando en algunos casos superar (aunque no anular) las reglas de la democracia representativa, y sobre todo intentando sentar bases de una mayor igualdad social que permita el ejercicio de una democracia y ciudadanía más sustantiva.

---

<sup>20</sup> Según Stoessel, “tres son las dimensiones que los vuelven parte de un ciclo político común y diferencia de las “viejas izquierdas”: su vínculo con la democracia en tanto régimen político, los contextos de emergencia caracterizados por las herencias neoliberales y el contenido de los proyectos políticos postconsenso de Washington.” (Stoessel, 2014: 127)

<sup>21</sup> Una posición muy conocida al respecto ha sido la del ex canciller mexicano del gobierno conservador de Vicente Fox, Jorge Castañeda, quien en 2006 desde posiciones liberales y cada vez más conservadoras apeló a “una distinción entre los «izquierdistas buenos», que son los moderados, e «izquierdistas malos», que son los de línea dura. [...] Ahora los «izquierdistas malos» de Castañeda son los «populistas radicales», tales como Hugo Chávez de Venezuela y Evo Morales de Bolivia, quienes son vistos como cuasi réplicas de líderes supuestamente demagógicos como Juan Domingo Perón en Argentina y Lázaro Cárdenas en México.” (Ellner, 2011) Véase también Petkoff, 2005.

Sin embargo, es posible indicar diversos aspectos y temáticas sobre los que dichos gobiernos y bloques históricos no avanzaron lo suficiente en términos de transformaciones democráticas que pudieran dejar definitivamente atrás los legados más duros de las políticas neoliberales, además de ser muy ambiguos (en ocasiones conniventes) con los intereses de algunas de las viejas élites económicas. Se puede hablar, entre otros aspectos, del no haber afectado sustancialmente las ganancias de las clases capitalistas y élites criollas, de la continuidad y en algunos casos la profundización de un modelo (neo) extractivista y primarizador de la economía, de la no promoción de sistemas productivos más diversificados y que incorporaran mayor valor agregado nacional o regional e innovación tecnológica. También pueden indicarse hechos de corrupción importantes en varios de estos gobiernos que no fueron debidamente enfrentados, el no haber logrado abordar o subestimar importantes problemas de seguridad pública y que involucran crecientemente al crimen organizado, el haber cerrado las puertas a ciertas iniciativas demandadas por grupos indígenas o colectivos feministas (entre otros colectivos), haber incluso en varios casos contribuido a criminalizar algunos movimientos sociales, o no promover procesos efectivos de participación popular en una perspectiva contrahegemónica, entre otros aspectos.

En ese sentido también se avanzó poco en líneas generales, en términos de estrategias de socialización de los medios de producción, distribución, comunicación, etc. El combate al neoliberalismo, si bien apareció como fundamental, o incluso el adoptar posiciones antiimperialistas, no significa lo mismo que tener una estrategia anticapitalista. Ésta sin duda presupone una perspectiva de largo aliento y demanda justamente un largo y conflictivo proceso de acumulación y conflictividad política hegemónico por un amplio bloque histórico, el que por otra parte necesita de evidentes apoyos y alcances regionales e internacionalistas. En muchos casos dicha perspectiva pos-capitalista se proyecta como una etapa posterior, una vez que se profundicen y conquisten logros democráticos y de organización popular que permiten modificar la correlación de fuerzas e inclinar las fuerzas en dicha dirección. Pero ello generalmente supone perder dicho horizonte socialista en el corto plazo, y tiende a postergarse para un futuro que casi nunca llega. Ya sabemos de esto en otros momentos de América Latina y de muchas fuerzas de izquierda, donde incluso se hablaba de favorecer una revolución democrático-burguesa para, en una etapa posterior, avanzar hacia transformaciones socializantes. Pero sabemos también que ello en la mayoría de los casos nunca sucedía. Y menos ocurría de encontrarse con una burguesía que tuviera dichas pretensiones democratizadoras, salvo que fuera forzada a algunas de dichas demandas por las presiones del campo popular y por una correlación favorable de fuerzas, incluso en el plano estatal *strictu sensu*. Dicha estrategia no estuvo presente de forma clara en muchos de estos procesos, salvo con mayor claridad e iniciativa en los casos boliviano y venezolano (además de la revolución cubana, claro está)<sup>22</sup>.

---

<sup>22</sup> Pueden citarse a modo de ejemplo algunas iniciativas y perspectivas. En el caso boliviano, ecuatoriano y venezolano dichas estrategias en general tenían un componente fuerte de antiimperialismo (por ejemplo el retiro de la base militar norteamericana de Manta en Ecuador, o la propuesta de una auditoría de la deuda externa del gobierno de Correa en su primer gobierno, o la renegociación con los “fondos buitres” y el FMI en Argentina), aunque también supusieron importantes propuestas de carácter socializante. Pueden citarse las iniciativas de creación y amparo de cooperativas de trabajadores en los gobiernos chavistas, las expropiaciones o estatizaciones de ciertos medios de

Por otra parte, hay sin duda una continuidad, y en algunos casos una profundización o redefinición, del padrón extractivista o reprimarizador de muchas de las economías latinoamericanas en la región en el ciclo progresista, al amparo de un crecimiento comercial y de inversiones muy significativo, en particular con China. (Ouviña y Thwaites Rey, 2019). Por otra parte, dicho modelo ha minado la posibilidad de alianzas y articulaciones con muchas de las bases sociales del ciclo progresista, yendo contra los intereses de muchas comunidades que ven afectadas sus condiciones de vida por la invasión de grandes proyectos extractivos, además del impacto sobre la reproducción de la propia naturaleza. Por otro lado, es cierto que el padrón de “(sub)desarrollo” primarizador y extractivista ha sido permanente a lo largo de la historia colonial y moderna de nuestra región, pero que viene agudizándose y reinstalándose sobre todo desde el ciclo neoliberal. El mismo también ha continuado además en gobiernos de centro derecha y derecha, en la región andina con gobiernos como los de Perú y Colombia, por ejemplo. Por lo tanto, no es una característica exclusiva de los gobiernos progresistas, ni que pueda definirlos en sí mismos más allá de otras determinaciones. Es sin duda una cuestión central, para pensar en la posibilidad de romper con los procesos de dependencia y apuntar a procesos de desarrollo integral y soberano de otro tipo, pero ciertamente es un problema también estructural de nuestros países y economías, que tiene raíces muy complejas y no fácilmente abordables. Ello no quita responsabilidad a los gobiernos progresistas, que avanzaron muy tímidamente en algunos casos en intentar abordar dicha cuestión, ubicándose más en un plano retórico que en las prácticas concretas, que terminaron reforzando dicho padrón<sup>23</sup>.

Por otra parte, otras señales de conflictividad y crisis de dicho ciclo aparecerán por aquellos años. Con el antecedente del temprano intento de golpe al gobierno bolivariano de Chávez en 2002, más tarde vendrá el paro del “campo” y los piquetes contra las retenciones y el gobierno de Cristina Fernández en Argentina en 2008, el golpe de Estado al presidente Zelaya en Honduras en 2009, contra Lugo y el Frente Guasú en Paraguay en 2012. Comenzará a tejerse más tarde el golpe parlamentario del centro y la derecha brasileña contra Rousseff y el PT que culminará en el golpe

---

producción y el control de recursos estratégicos como los hidrocarburos en manos del Estado en los procesos boliviano, argentino y venezolano (o en acuerdos más favorables con grupos trasnacionales). También puede hablarse del fortalecimiento de empresas y bancos públicos claves en el desarrollo en Brasil y Uruguay, la creación de un fondo público para el apoyo a empresas recuperadas en el Uruguay en el gobierno del Frente Amplio con Mujica, la ley de regulación de los medios masivos en Argentina (o iniciativas similares aunque de menor alcance en Uruguay y Ecuador), la reciente ley que afecta tributariamente a las grandes fortunas en Argentina y en Bolivia, etc.

<sup>23</sup> Igualmente parece necesario tener en cuenta algunas consideraciones sobre la perspectiva que promueven ciertas perspectivas ambientalistas críticas del extractivismo progresista. Es sugerente, entre otros, el análisis de Claudio Katz, cuando indica que la variable ambientalista que sustenta la crítica al extractivismo, “constituye un importante elemento del contexto regional, pero no determina el perfil adoptado por cada gobierno. Para caracterizar esa fisonomía hay que considerar el sustento social, los intereses de clase y las alianzas geopolíticas privilegiadas por cada administración. Esos factores son más influyentes que la orientación seguida en el manejo de las materias primas.” (Katz, en Thwaites Rey y Ouviña, 2019: 37). Al mismo tiempo, como indican Thwaites Rey y Ouviña, “La cosmovisión decolonial, ambientalista y anti-productivista puede ser un referente moral incontestable, pero la cuestión pasa por elucidar si resulta capaz de acumular la fuerza necesaria como para encarnar en un proyecto político de masas con potencialidad anti-sistémica, sin lo cual cualquier cambio es impensable. Y no es lo mismo batallar contra el consumismo en sociedades opulentas que en aquellas privadas de los bienes más elementales para la subsistencia digna o en las que la desigualdad y las injusticias sociales son flagrantes.” (Ouviña y Thwaites Rey, 2019: 45)

institucional de 2016. Como quedaba claro ya en el paro del campo argentino y la toma de rutas, pero también en las movilizaciones en Brasil iniciadas en 2013 en ocasión de la copa Fifa de Confederaciones de Fútbol, la derecha conservadora empezará a disputar su presencia en las calles, mezclándose con los reclamos populares de los estudiantes secundarios en San Pablo y en otras ciudades de Brasil por el incremento del boleto estudiantil, así como en otros procesos posteriores.

Obviamente aquí también entra a batallar públicamente la derecha, los intereses de los grandes grupos económicos e incluso del imperialismo norteamericano y también europeo en la región, que por vías claramente no democráticas alienta la salida de muchos de estos gobiernos. Al mismo tiempo se comienzan a sentir, de forma más tardía y amortiguada, los impactos de la crisis estructural del capitalismo de 2008, así como la baja en el precio internacional de las commodities<sup>24</sup>.

## **5. Pensar el ciclo progresista desde la constitución de bloques históricos y el análisis de las relaciones de fuerza**

Cabe referirnos ahora más en particular a las relaciones y vinculaciones que han establecido estos gobiernos con los movimientos sociales y populares, que en muchos casos fueron importantes aliados de estos gobiernos, habiendo sido claves para la construcción de bloques socio-históricos con pretensiones antineoliberales.

En relación con ello son importantes los aportes de Falero, quien indicaba tempranamente una tendencia que iba “del cambio a la contención del cambio” desde estos gobiernos, desde diversas modalidades de contención:

(...) de adaptación por aceptación entendida como la conformidad con lo dado, de adaptación por indiferencia o desinterés que igualmente lleva a la aceptación implícita de una democracia recortada o reducida a su dimensión procedimental y finalmente de adaptación por delegación o confianza en la figura del experto que coloca en la falsa idea de una gestión desideologizada la regulación social. (2014: 19)

Cabría sin embargo un análisis más en profundidad del tema, que sólo esbozaremos aquí, teniendo en cuenta también las particularidades de los distintos procesos, algunos de ellos todavía en curso. Sobre todo en el caso de los gobiernos “refundadores” es que puede hablarse de mayores innovaciones en la materia, por ejemplo desde diversos mecanismos de democracia directa o participativa. En todo caso habría que distinguir, de un lado, entre mecanismos institucionales de participación o cogestión entre estado y sociedad civil, de consulta pública o accountability, que tienden a hacer más abierto el Estado y a generar mayores dispositivos de control social (apelando más bien a una activación “ciudadana”). Y al mismo tiempo diferenciarlo de otros procesos donde se crean nuevas instancias de poder popular, de autogestión obrera y/o comunitaria, de consulta directa a la ciudadanía, de articulación con los movimientos sociales populares y la sociedad civil, incluyendo procesos de autogobierno y de representación social en instituciones

---

<sup>24</sup> Un balance más adecuado del ciclo progresista debería incorporar una revisión de diversas interpretaciones que se han realizado y vienen desarrollándose sobre todo desde las ciencias sociales y humanas, muchos de ellos con implicancias políticas (no necesariamente partidarias), al que no podemos ingresar aquí por un problema de espacio.

estatales por ejemplo, que pueden transformar a la propia “forma Estado”. Al respecto indica Pereira da Silva (2015), en un trabajo muy interesante sobre el tema, colocando el énfasis en los gobiernos “refundadores”:

Y puede efectivamente notarse en los últimos años un aumento de la porosidad “estatal” en los países con gobiernos progresistas. Se establecieron distintas formas de participación, y también más mecanismos de transparencia y control en otros. Experiencias notables en el campo de la participación social pueden ser localizadas en los gobiernos de los refundadores. Por un lado, lo que podría llamarse “consejismo de base”, incrustado en la institucionalidad nacional, [...] que se traduce en los Consejos Comunales (CC) en Venezuela [desde 2006]. Por otro lado, las instituciones nacionales de fomento de la participación, rendición de cuentas y control ciudadano [En Bolivia y Ecuador] Esos mecanismos pueden asumir por momentos capacidades más marcadas de cogestión, allí incluida la actuación en el diseño de políticas públicas y elaboración de planes nacionales en Ecuador, o incluso la ejecución de obras, programas sociales, rendición de cuentas públicas y gestión de empresas públicas o colectivas en Venezuela.” (Pereira da Silva, 2015: 33-4)

Bringel y Falero (2016) por su parte elaboran una tipología de matrices sociopolíticas de vinculación entre gobiernos, partidos y movimientos sociales, durante el ciclo progresista, intentando salirse de la habitual tesis de las dos izquierdas (socialdemócrata o social-liberal, versus populista o revolucionaria por ejemplo, como veíamos anteriormente), o entre cooptación y autonomía, para avanzar hacia una propuesta de mayor complejidad. Proponen en ese sentido distintos formatos en dichas relaciones procesuales: a) conexión subordinada, b) conexión negociada, c) conexión discontinuada, d) desconexión con gobiernos y presencia débil o inexistente de partidos. (Bringel y Falero, 2016). La propuesta es interesante y atiende a una diversidad de situaciones.

En cualquier caso, para continuar adentrándonos en este tema, nos parece importante avanzar en una perspectiva que cuestione una relación, casi que necesaria por momentos, de externalidad entre bases sociales y clases populares, frente a los partidos políticos y los gobiernos progresistas. O cuestionar también una lectura que desconfía permanentemente tanto de un cierto “autonomismo” de los movimientos populares, como también de los partidos políticos y sus dirigentes. El distanciamiento ha existido, sin duda, pero también han existido múltiples confluencias y transformaciones mutuas entre luchas sociales y luchas institucionales-electorales por el control de los Estados, poderes y el sentido de lo “público” y “lo común”. Muchos militantes de hecho participan en ambos espacios, sin que ello necesariamente se convierta en un problema, en la medida en que se respeten las autonomías respectivas y también sus confluencias. También han existido movimientos socio-políticos nuevos, donde no aparece tan clara la diferenciación entre la esfera social y la partidaria. Un ejemplo en este sentido es la constitución del MST en Brasil; otro lo constituyen diversas expresiones de movimientos socio-políticos en Bolivia en las luchas antineoliberales y en la conformación del MAS. No olvidemos que muchas de las herramientas político partidarias y las luchas sociales que llevan al derrocamiento de gobiernos neoliberales y a los sucesivos triunfos electorales de los gobiernos

progresistas, están muchas veces imbricadas, entrelazadas entre sí, potenciándose mutuamente. Si vamos nuevamente a Gramsci, es necesario un análisis de las múltiples mediaciones entre sociedad civil y Estado, no entendiéndolos de forma separada, sino como parte del llamado “Estado integral” o “Estado ampliado”, pero donde se revaloriza ampliamente la esfera de la sociedad civil, su politización y autoorganización, como condición inclusive para avanzar hacia transformaciones sociales más amplias (Gramsci, 2003)<sup>25</sup>.

Ello no obsta para reconocer la importancia de promover y reconocer la autonomía de los movimientos sociales y populares, en relación a los partidos y gobiernos, así como de la propia sociedad civil en relación al Estado en sentido estricto. Esta práctica ha sido, además, no poco infrecuente en la izquierda latinoamericana, donde muchas veces los partidos y las “vanguardias” terminan por indicar la línea política “correcta” a los movimientos populares, o por diversas vías terminan por subordinar lo social a lo partidario, promoviendo procesos de cooptación o “transformismo”, que es necesario sin duda criticar a fondo. Pero la autonomía tampoco indica aislamiento, ni falta de articulación entre lo social y lo partidario o lo estatal (Thwaites Rey, 2004)<sup>26</sup>.

Al mismo tiempo, y quizás más importante desde un punto de vista teórico metodológico, es necesario ubicar un análisis en términos de relaciones de fuerzas, que incluye obviamente referencias a la constitución de las clases sociales, a las múltiples alianzas y luchas entre sus distintas expresiones socio-políticas e ideológicas, a los proyectos colectivos que las atraviesan, etc., donde la categoría de sociedad civil y de luchas sociales y de clases juegan un papel central, pero donde también el Estado (en sentido estricto) aparece como una arena de disputa muy significativa para el avance de los procesos de cambio.

Recordemos brevemente lo que Gramsci planteaba al respecto. Para el autor la lucha por la hegemonía remite directamente al análisis de las “relaciones de fuerza” en una sociedad, desde una concepción procesual y conflictiva. Partiendo del primer nivel o momento, más propiamente estructural, es necesario abordar/analizar luego el plano más propiamente político, y fundamentalmente el plano de lo “ético-político”

---

<sup>25</sup> Como indica Coutinho: “De hecho, en la visión gramsciana [...] la “sociedad civil” es una arena privilegiada de la lucha entre las clases, una esfera del ser social en la que se da una intensa lucha por la hegemonía, y justo por esto ésta no es “el otro” del Estado, sino –en conjunto con la “sociedad política”, esto es, con el “Estado coerción”– uno de sus momentos constitutivos ineliminables. Para Gramsci no todo lo que forma parte de la sociedad civil es “bueno” (ésta puede, por ejemplo, ser hegemonizada por la derecha) y no todo lo que viene del Estado es “malo” (éste puede expresar instancias universales que se originan en la lucha de las clases subalternas). Sólo un análisis histórico-concreto de las relaciones de fuerza presentes en cada momento puede definir, desde el ángulo visual de las clases subalternas, la función y la potencialidad positiva o negativa tanto de la sociedad civil como del Estado”. (Coutinho en Liguori, 2013: 27).

<sup>26</sup> En ese sentido es importante cuestionar aquel principio falsamente vanguardista según el cual el partido expresaba lo universal, y el movimiento los intereses particulares, pensando y construyendo nuevas posibilidades de conformación de partidos movimientos, o movimientos partidos, y de relaciones entre partidos y movimientos en términos de bloques históricos. El ejemplo del Frente Amplio en Uruguay como coalición y movimiento partidario, y que ha nucleado a distintas y diversas fuerzas sociopolíticas de izquierda y centro izquierda desde 1971, ha constituido una referencia en este sentido, no sin dificultades y riesgos reales de distanciamiento/transformismo con algunos movimientos. Por su parte, el caso del MAS en Bolivia también ha sido referenciado como una importante articulación entre movimientos populares y expresiones político-partidarias, con importante protagonismo de los primeros.

que supera el momento “económico-corporativo”, siendo lo medular del plano de la hegemonía:

- 1) una relación de fuerzas sociales estrechamente ligadas a la estructura objetiva, independiente de la voluntad de los hombres (...)
- 2) un momento sucesivo es la relación de las fuerzas políticas; es decir la valoración del grado de homogeneidad, autoconciencia y organización alcanzado por los diferentes grupos sociales. (...)
- 3) el tercer momento es el de la relación de las fuerzas militares, inmediatamente decisivo según las circunstancias (Gramsci, 2003: 56-9).

Gramsci asignaba especial importancia a las luchas propiamente hegemónicas, en cuanto superadoras de lo “económico corporativo” y de una mera lógica de alianzas entre clases y grupos e intelectuales, basadas en el concepto de catarsis y de lo ético-político, como dimensión universalizadora y constitutiva de una “voluntad colectiva nacional-popular” y portadora de un programa de “reforma intelectual y moral”. Dicho bloque histórico, potencialmente contrahegemónico, trasciende ampliamente la sumatoria de sus integrantes, implica una dimensión superior de organización y de proyección política, supera los intereses meramente singulares o económico-corporativos (o identitarios podríamos decir también), y atraviesa al mismo tiempo a la sociedad civil y a la propia sociedad política, abriéndose por su parte a transformaciones en el plano de las relaciones económicas y de las relaciones de producción. Dicha concepción supera la “pequeña política” y se abre a la “gran política”, e inclusive pone en jaque la distinción entre gobernantes y gobernados, abriendo las posibilidades de transformaciones socio-políticas significativas y eventualmente revolucionarias. Supone trabajar y apelar al “buen sentido” (como núcleo duro del “sentido común”) de las masas populares y el bloque histórico que disputa la hegemonía (Gramsci, 2003 y 1985; Coutinho, 1999).

En este sentido puede decirse, en relación a las alianzas de clase y correlaciones de fuerza, que los gobiernos progresistas, aunque en muchos casos no pusieron en tela de juicio importantes intereses de las oligarquías criollas o del capital transnacional, sobre todo el financiero, al mismo tiempo respondieron y se articularon activamente con demandas sociales de las clases sociales populares y de sectores medios, incluyendo, ciertamente de forma muy diferenciada, distintos clivajes étnico raciales, de género, generacionales, nacional-populares, etc. En este sentido se produjeron “*pactos de empleo y consumo*” (Thwaites Rey y Ouviaña, 2019: 55) en dichos ciclos, que favorecieron a importantes sectores populares y medios. Esto se tradujo durante varios lustros en victorias electorales y en una legitimidad creciente, al mismo tiempo que contribuyó a darle cierta estabilidad y continuidad a dicho ciclo, al incorporar demandas de las clases y grupos subalternos, que en muchos casos venían siendo postergadas desde larga data. Pero al mismo tiempo ello contribuyó a disminuir o moderar ciertas zonas de conflictividad inherente al conflicto de clases y a las luchas sociales, generando ciertos procesos de “pasivización” en las luchas de las clases populares y en los grupos y movimientos que apoyaron (aún críticamente) dichos procesos de cambio. Hay ciertamente aquí un proceso de desmovilización y, en última instancia de despolitización (promovido, tolerado o ni siquiera reconocido como un problema) que afectó sin duda a muchos de los gobiernos progresistas, y también a

muchos movimientos y sujetos colectivos populares. Esto sin duda fue un elemento que favoreció dicho conformismo, y, al mismo tiempo, permitió que las fuerzas de la derecha avanzaran, aprovechando dichas debilidades. Por otra parte, el progresismo pareció quedarse sin un programa estratégico claro posneoliberal y de profundización democrática, lo que afectó también su capacidad contrahegemónica.

Lucio Oliver (2018) realiza un balance en este sentido de las experiencias de los gobiernos progresistas. En primer lugar, los mismos, ciertamente vinculados en sus orígenes a muchas luchas sociales antineoliberales y anticoloniales, expresaron en buena medida una primera tentativa de resistencia frente a aquellos “*Estados de competencia*” ya reseñados, promoviendo procesos de integración supranacional y de multilateralismo de nuevo tipo. Pero al mismo tiempo se vieron afectados en sus pretensiones por una serie de cuestiones, por ejemplo por los “*pobres recursos internos, del tipo económico industrial, para autodeterminarse*”, producto de procesos de larga data de “*desintegración de sus mercados internos*” y de sus cadenas productivas. Cuando intentaron llevar adelante otro tipo de desarrollo económico más “*autocentrado*”, o de “*economía social*”, o fortalecer economías regionales en la lógica de promover procesos económico-políticos de integración regional, carecieron en general de “*capacidad de autodeterminación*” para ello (Oliver, 2018: 20). Pero dichos procesos tuvieron generalmente un techo de difícil superación, en parte por las razones indicadas anteriormente.

En este sentido es importante volver a recordar el primer nivel de análisis de las relaciones de fuerza indicado por Gramsci, el plano más propiamente estructural, donde el colonialismo y el capitalismo dependiente dejaron profundas huellas en nuestras sociedades. Entre ellas cabe citar algunos conceptos y realidades persistentes (en parte reseñados en la primera sección) como los de “*colonialismo interno*” (González Casanova, 1970), “*superexplotación*” de la fuerza de trabajo (cf. Marini, 2005), presencia de un importante sector informal y de subsistencia en la economía (aún en el marco de la predominancia de relaciones sociales capitalistas de producción), estructuras económicas fuertemente extractivas y primarizadas orientadas hacia el mercado externo, fuertes procesos de urbanización descontrolados asociados a procesos de segregación urbana y de no acceso a servicios públicos de calidad, una cuestión social atravesada por amplios procesos de desigualdad y represión a las clases populares, entre otros procesos.

Por otra parte, Oliver (2018) destaca en su balance otro elemento que caracteriza como de “*cesarismo burocrático*”<sup>27</sup>, tanto por priorizar la burocracia estatal por su iniciativa política, como por fomentar la emergencia de liderazgos carismáticos que tuvieron muchas dificultades en sus procesos de renovación. Ello conspiró en general para promover la “*autoorganización de las sociedades*”, tendiendo a depositar en la figura de ciertos líderes la capacidad de iniciativa política (Oliver, 2018). Esto también varió según el tipo de gobierno y el país, su cultura política, sus organizaciones socio-políticas, las características de sus sociedades civiles, etc., pero sin duda apareció como

---

<sup>27</sup> En cuanto al 'cesarismo', que Gramsci equipara al de 'bonapartismo' analizado por Marx, el mismo puede tener tanto un contenido progresista o regresivo. Puede ser el resultado de una “*crisis orgánica*” o crisis de hegemonía, o de “*autoridad*”, o “*crisis del Estado en su conjunto*”: “*Cuando la crisis no encuentra esta solución orgánica, pero sí la de un jefe carismático, esto significa que existe un equilibrio estático (...), que ningún grupo, ni el conservador ni el progresista, dispone de la fuerza necesaria para vencer y que hasta el grupo conservador tiene necesidad de un señor.*” (Gramsci, 2000: 61)

un riesgo latente en muchos de estos procesos. En general cabe acotar que se trata de procesos con un importante “decisionismo” en manos del Poder Ejecutivo, y con dificultades para la renovación de liderazgos presidenciales<sup>28</sup>.

## **6. Recomposición conservadora pos 2015 y las tensiones de la actual coyuntura**

Si continuamos pensando en términos de bloques históricos y recomposición de luchas y correlaciones de fuerzas, es innegable poner sobre la balanza el avance de las fuerzas sociales, políticas y económicas de la derecha y del gran capital. Se trata de un elemento de análisis que parece haber sido desconsiderado a la hora de realizar algunas valoraciones sobre los gobiernos progresistas en América Latina. Si bien hay responsabilidades en los propios gobiernos y muchas de sus bases de apoyo, también es cierto que este avance de la derecha ha sido global, a escala planetaria, estando asociado fuertemente a procesos de recomposición capitalista global regresiva y a la preeminencia del capital transnacional y especulativo, ya con efectos significativos pos crisis de 2008, y con variantes agravadas sin duda en el contexto de la pandemia en 2020 y 2021. Al mismo tiempo se procesan nuevas transformaciones en la geopolítica global, que llevan a rivalidades y disputas entre bloques político económicos, particularmente entre EEUU y el eje de Rusia y la China. La victoria del trumpismo republicano en las elecciones norteamericanas en 2016 fue una manifestación notoria de ello, pero también lo ha sido el crecimiento de las fuerzas de la derecha en Europa, la derrota del proyecto de desarrollo autónomo de Grecia en 2015, la victoria del Brexit en Inglaterra en 2016, entre otros procesos. Y esto ha tenido manifestaciones también muy claras en América Latina.

Por otra parte, esto indica también la fragilidad de la combinación entre democracias restringidas, neoliberalismo y “Estados de competencia”, que demuestra una vez más la incompatibilidad de fondo entre democracia y capitalismo (Wood, 2000; Coutinho, 1980). La debilidad de dichos “arreglos” institucionales para contener o controlar los aspectos más desiguales de la expansión capitalista muestra en buena medida el fracaso de diversos intentos disciplinadores del capitalismo, particularmente en la periferia. Ello interpela sin duda también a los propios gobiernos progresistas, que en no pocos casos optaron por esta vía, sin horizontes de transición con un horizonte poscapitalista. Pero también da cuenta de la nueva realidad del capitalismo global, donde el neoliberalismo y el avance conservador adhieren cada vez más claramente a las rupturas institucionales y antidemocráticas como forma de lograr sus objetivos. Vimos esto en algunos procesos de golpes institucionales en América Latina, pero también en otros contextos. Aparece la apelación a los “Estados de excepción”, a

---

<sup>28</sup> Entendemos que no se trata de demonizar la emergencia de liderazgos carismáticos o de ciertos procesos más “decisionistas”, ni la capacidad de iniciativa política de muchos de ellos, liderazgos que por otra parte tenían en general orígenes y trayectorias más identificadas con las de sus pueblos y sus movimientos socio-políticos populares, diferenciadas de las tradicionales clases gobernantes en nuestra región, con un perfil más oligárquico y tecnocrático. Pero si ello se hace en oposición, o desconociendo la importancia de favorecer al mismo tiempo las capacidades de autoorganización y movilización popular genuinas, convocando a procesos de despolitización como los que mencionamos anteriormente, promoviendo soluciones básicamente técnico-burocráticas, o incluso dejando de lado la iniciativa y capacidad de control de las propias fuerzas políticas que dieron sostén a dichos gobiernos, entonces ello es sin duda un límite para la capacidad de profundización democrática de muchos de estos procesos.

políticas fuertemente coercitivas, con tal de imponer los intereses de los grandes grupos económicos<sup>29</sup>.

En nuestra región ya comienzan a percibirse diversas debilidades de aquel ciclo progresista, en los primeros años de la segunda década del siglo, manifestándose posteriormente como caída en la demanda y los precios de las commodities. Pero en todo caso esta coyuntura es aprovechada por aquellas fuerzas del gran capital y de las viejas derechas para intentar desandar algunos de los avances del ciclo progresista. Ciertamente dichas derechas no habían perdido muchas de sus fuentes de poder, lo que sin duda debería ser parte del balance de la trayectoria de aquellos gobiernos y ciclos históricos. A través de su incidencia en el Poder judicial, en los grandes medios masivos de comunicación, en las fuerzas armadas, o por medio de iglesias neopentecostales de carácter conservador, y apoyadas generalmente por la complicidad de los intereses norteamericanos, las viejas élites oligárquicas y burguesas, sumadas en muchos casos a sectores medio-altos, continuaron defendiendo sus privilegios durante la vigencia de muchos de estos gobiernos progresistas. Atacaron las medidas proteccionistas promovidas por los Estados o los intentos regulatorios sobre las relaciones laborales y algunos sectores del capital, las propuestas de integración regional progresista, defendieron a ultranza modelos de apertura comercial y financiera, se opusieron en general a agendas de nuevos derechos, reclamaron por el regreso a formatos económico sociales de carácter neoliberal, colocaron el énfasis en políticas de seguridad ciudadana, en la criminalización de la pobreza y estimularon la meritocracia, colocaron mucho el foco en la corrupción de dichos gobiernos y de algunos de sus líderes o bases aliadas<sup>30</sup>. Estaban en todo caso en una posición defensiva, pero nunca perdieron básicamente importantes fuentes de su poder económico y social. Y llegó la hora de pasar a la ofensiva<sup>31</sup>.

---

<sup>29</sup> Al decir de Lucio Oliver: “hay una crisis profunda de las instituciones democrático-liberales que han acompañado a los Estados de competencia, y que han servido al gran capital para sus deseos de acumulación de capital, pero que ya no son capaces de controlar las resistencias; [...] Se están agotando las instituciones democrático-liberales que han acompañado los últimos treinta años a la mayoría de los países, porque hay resistencias por izquierda pero hay también una actitud de querer imponer los patrones de acumulación a toda costa por la derecha. Y esto ha generado la actual polarización política que estamos viendo en el mundo como algo insospechado, porque la globalización dominante de los últimos 30 años se nos vendió como el paraíso de las instituciones democrático-liberales [...] está llegando a su fin la noción de Estados de competencia, y de instituciones de centro, liberales, [...] estamos viendo aparecer lo que se ha llamado, teóricamente desde distintos ángulos, Estados de excepción, es decir, donde las instituciones que ordenaban el juego político, el debate político, están entrando en crisis. Entonces ante la crisis, lo que hacen los elementos de poder es optar por las políticas de fuerza, por las políticas de imponer la militarización de la seguridad pública, de imponer ajustes sin consultas con la sociedad.” (Oliver, 2018: 20-22)

<sup>30</sup> Como indican Thwaites Rey y Ouviaña, “los avances de las derechas ponen de manifiesto varios de los límites intrínsecos de los procesos del CINAL [Ciclo de impugnación del neoliberalismo en América Latina]. Los sentimientos profundamente anti-populares de las clases medias y altas de varios de los países (expresados en una furibundia anti-petista, anti-kirchnerista y anti-chavista, en especial) se construyeron a partir de múltiples amalgamas de rechazo a políticas de redistribución e inclusión social, pero también se fomentaron con los episodios de corrupción que enlodaron, de un modo u otro, a todos los gobiernos” (2019: 52)

<sup>31</sup> Ciertamente la derecha comenzará a apelar a tradicionales repertorios y formas de lucha históricamente presentes en la izquierda, como ser la movilización callejera, y apelando también en ocasiones a viejas estrategias de boicot de sectores empresariales, como vimos en el caso del golpe contra Chavez en 2002 (incluyendo el paro de sectores petroleros y “guarimbas”). También lo hará en

Luego del golpe parlamentario al gobierno del PT sobrevino la asunción de un gobierno neoliberal con Temer, y se produce la prisión de Lula da Silva en 2018, en base al fraude (probado recientemente) del Lavajato. Pero también la derecha y el imperialismo respaldaron la postulación de gobiernos paralelos y conspirativos, como en el caso de Venezuela con Guaidó en 2019, o como en el golpe de Estado y en la fuerte represión producida en Bolivia en 2020 contra los gobiernos y candidatos del MAS. La derecha se apoyó sin duda también en las luchas electorales, triunfando en las elecciones parlamentarias de 2015 en Venezuela (luego de la muerte de Chavez en 2013), en las elecciones en Argentina con el gobierno de Macri en 2015, en Ecuador con el gobierno de Lenin Moreno en 2017, en Brasil con Bolsonaro en 2018, en El Salvador con Bukele en 2019, en Uruguay con una coalición opositora declaradamente anti-Frente Amplio liderada por Lacalle Pou en el 2019, entre otros. Al mismo tiempo otros gobiernos como el de Perú, Colombia<sup>32</sup> o Chile continuaron con sus políticas de derecha y centro/derecha, agravándose el cuadro en Colombia con la presidencia de Duque y el regreso del uribismo, el paramilitarismo y su ataque a los acuerdos de paz y el asesinato permanente de líderes sociales y comunitarios, o con la segunda presidencia de Piñera en Chile con una fuerte impronta represora y criminalizadora, o con la inestabilidad institucional en el caso peruano. Por su parte atacaron fuertemente los procesos de integración regional (Unasur, Celac, Mercosur ampliado, entre otros), nucleándose en el Grupo de Lima, o en el nuevo y testimonial Prosur, para intentar acosar y derribar al gobierno de Maduro en Venezuela, afiliándose directamente a los mandatos del injerencismo imperialista de EEUU y de Almagro desde la OEA.<sup>33</sup>

---

Venezuela con parte de la oposición liderada por López en el proceso llamado “la salida” en 2014, incluyendo bloqueos de carreteras, manifestaciones de estudiantes universitarios y paros de distintos sectores, además de atentados terroristas y asesinatos de líderes chavistas o militantes sociales, los que se repetirán en 2016, 2017 y 2019, estas últimas con el autoproclamado presidente Guaidó. También existieron muchas movilizaciones en los gobiernos kirchneristas en Argentina asociadas con reivindicaciones por seguridad, también en Uruguay vinculado a reclamos del agro en 2018. Otras vías de resistencia de sectores de la derecha se ubicarán en instrumentos previstos constitucionalmente y que también fueran patrimonio hegemónico de las izquierdas, como por ejemplo el propio referendo revocatorio previsto en la constitución venezolana, que se impulsará para intentar derrocar a Maduro en 2016, o convocatorias a plebiscitos y referendums en Uruguay en estos últimos años contra la ley de interrupción voluntaria del embarazo, contra la ley de derechos para la población “trans” o por reformas punitivistas en seguridad pública, que finalmente no lograron las mayorías necesarias.

<sup>32</sup> Debe resaltarse la importancia de los acuerdos de paz entre la guerrilla de las FARC y el gobierno, que contaron además con el apoyo de importantes movimientos democratizadores en Colombia, y de algunas figuras como Mujica y gobiernos progresistas, además del propio apoyo de Cuba en la mediación realizada, proceso que comenzó en 2012 en La Habana y culminó en 2016.

<sup>33</sup> Todo ello llevó al regreso de políticas aperturistas y neoliberales, que abrieron las puertas a políticas contractivas del gasto público, de privatizaciones, de desregulación para importantes sectores sociales y clases populares, que terminaron por generar mayor pobreza y desigualdad, suponiendo desmontar muchas de las iniciativas y conquistas de los gobiernos y bloques progresistas al respecto. Implicó, como en el caso argentino, promover niveles muy importantes de endeudamiento externo, basadas en muchos casos de episodios de corrupción mediática y judicial, supuso incrementar exponencialmente los niveles de criminalización de la protesta, de ataque a la nueva agenda de derechos o de grupos de izquierda, movimientos populares e instituciones como las universidades públicas, como en Brasil, entre otros. El ataque sistemático a las fuerzas de la izquierda social ha sido notorio no sólo en el caso de Brasil, sino también particularmente en Colombia, con el asesinato diario a manos de fuerzas paramilitares de líderes sociales y comunitarios, o en Chile, con la brutal represión a la rebelión de 2019, o en Bolivia con la terrible represión generada por el gobierno ilegítimo de Añez durante 2020.

Por lo tanto, queda planteada como una seria interrogante la capacidad que tienen estos nuevos gobiernos y alianzas socio-políticas de obtener legitimidad a mediano plazo para sus proyectos, apelando sin duda a niveles muy fuertes de represión y coerción, y ello abre también la posibilidad de una reemergencia del campo popular y de las clases subalternas para recuperar y reconstruir alianzas y articulaciones socio-políticas (contra) hegemónicas que modifiquen dicha correlación de fuerzas. Un ejemplo en este sentido lo constituye la importantísima rebelión chilena del 2019 (con profusos antecedentes en las movilizaciones de estudiantes secundarios llamados “pingüinos” en 2006 o de los universitarios en 2011, de luchas contra las privatizaciones en la seguridad social y del pueblo mapuche por su autodeterminación, entre otras) que logra promover y aprobar una nueva Asamblea constituyente en 2020 y derrotar la constitución pinochetista del 1980, desnudando y poniendo en cuestión seriamente la vigencia del mal llamado “milagro chileno”. Otro ejemplo ha sido sin duda la recuperación democrática en Bolivia en el 2020, luego del golpe de Estado y la criminalización abierta contra dirigentes y organizaciones sociales y el MAS, habiendo logrado éste una amplia victoria en la primera vuelta electoral, con una importante activación y movilización popular. Pero al mismo tiempo durante 2020, en el contexto de la pandemia y contando con importantes limitaciones para las movilizaciones populares, fuertes movilizaciones populares suceden en Perú contra tres décadas de neoliberalismo logrando promover cambios en los titulares del Ejecutivo, al mismo tiempo que en Ecuador, Colombia, Haití y más recientemente en Paraguay, entre otros, parece activarse un nuevo ciclo de resistencias y luchas antigubernamentales. Todo ello alienta esperanzas en la conformación de un nuevo ciclo ascendente de movilizaciones sociales y populares antineoliberales y de corte democratizador en Nuestra América (Durand, 2020; Ouviaña, 2021).

Por su parte, si exceptuamos el caso de Brasil, que parece ser más complejo y problemático con su avance neo-fascista y conservador, pero tomando en cuenta también el triunfo de Morena en México, el del Frente de Todos en Argentina y el del MAS en Bolivia, es posible hablar de una reemergencia parcial, bajo nuevos formatos y en una coyuntura cambiante, de varios de aquellos gobiernos (neo)progresistas y bloques socio-políticos que habían tenido protagonismo político en los primeros tres lustros del siglo, en términos de un nuevo ciclo impugnador del neoliberalismo. De alguna forma los bloques históricos que permitieron la llegada de los gobiernos históricos al poder, aun redefiniéndose y modificándose históricamente, han demostrado que continuaron y continúan operando, bajo viejos y nuevos formatos, lo que podría en este sentido ser considerado como una fortaleza no menor para la resistencia a los embates neoliberales y conservadores, y la generación de otras alternativas sociales. Al decir de Thwaites Rey y Ouviaña,

las políticas anti-populares noventistas se impusieron sobre la tierra arrasada de las derrotas del campo popular. Aunque [dichos gobiernos] no lograron transformaciones estructurales decisivas, materializaron conquistas sociales que configuran una base muy distinta, comparada con el momento de derrota de la década anterior. En varios países, la experiencia acumulada en las luchas y los formatos organizativos de los sectores populares son un aspecto importante a considerar, porque otorgan una base no desdeñable para ponerle freno a las medidas regresivas. Este es uno de los activos más

importantes con que cuenta el campo popular para resistir los embates derechistas y reorganizarse de cara a nuevas contiendas sociales y políticas (2019: 55).

Sin duda que la pandemia y la emergencia sanitaria en 2020 y 2021 (que no fue objeto de análisis aquí, lo que ameritaría sin duda otros abordajes específicos), como fenómeno global, pero particularmente en Nuestra América, plantea nuevos síntomas y agudiza algunas contradicciones presentes de larga data en la región, aún con respuestas relativamente diferenciadas en sus países. Algunas de dichas manifestaciones están relacionadas con las características de nuestro capitalismo dependiente, con las amplias desigualdades que tienden a agravarse, con la ampliación de la concentración y centralización del capital y de la riqueza, con el aumento del desempleo y la informalidad, el crecimiento del trabajo cada vez más precarizado y “uberizado” (ahora bajo las lógicas del “teletrabajo” y los formatos virtuales en educación), con un Estado que se muestra renuente a garantizar niveles básicos de protección (sobre todo a las clases trabajadoras y populares, mientras sigue garantizando las ganancias de los grandes capitales y sectores agroexportadores, por ejemplo) frente a las incertidumbres y cambios que exige la emergencia sanitaria, con un clima de irracionalismo y fundamentalismo conservador “anticientífico” que tiende a agravarse en nuestras sociedades y promueve estrategias de genocidio, como en el caso del gobierno Bolsonaro.

En este contexto de pandemia no es de extrañar el surgimiento de movilizaciones de algunos sectores medios y altos contra algunas medidas restrictivas a la movilidad que han tomado algunos gobiernos como el de Fernández en Argentina, pero tampoco parece menor el clima de movilizaciones que se ha abierto en otros países frente a los manejos de la emergencia sanitaria, y sobre todo al no proponer medidas y recursos en atender las consecuencias económicas y sociales de la misma. Este viene estando marcado por actividades de solidaridad y de resistencia (ollas y merenderos populares, resistencia a desalojos, etc.), pero también por un sentimiento general de descontento popular frente a la inacción de algunos gobiernos, sobre todo con los más identificados con los postulados neoliberales y con estrategias represivas, que viene propiciando y agudizando rebeliones y levantamientos socio-políticos, como veíamos anteriormente.

### **Reflexiones y consideraciones finales**

Pretendimos en este artículo dar cuenta de una serie de transformaciones que se vienen operando en el plano de las luchas por la hegemonía y la conformación de bloques (sociales, políticos y culturales) históricos en Nuestra América en las últimas décadas, con particular foco para un análisis que tome en cuenta las particularidades de las luchas de clase y los conflictos socio-políticos en la región, que involucra proyectos societarios diversos y en muchos casos antagónicos. Ello lleva a destacar la necesidad de un permanente análisis de las relaciones de fuerza, que tiene sin duda componentes estructurales de larga data, y más coyunturales, tanto desde el punto de vista más local como también regional y mundial. Muchos de los conflictos, sobre los que se estructuran múltiples resistencias y luchas sociales, así como también se vinculan con el avance de posiciones que quieren defender o conservar el statu quo, tienen raíces en el colonialismo, el capitalismo dependiente y en el imperialismo que estructura a las sociedades latinoamericanas. Por lo tanto, coexisten distintas

temporalidades de dominación y resistencia en nuestra región, que se actualizan en nuevas coyunturas, al no haber podido “resolverse” cuestiones estructurales que hacen a cómo se configuraron las relaciones sociales en la modernidad y el capitalismo latinoamericano. Al mismo tiempo muchos imaginarios y utopías, anclados en momentos y procesos de resistencia (pero también de fuertes represiones y derrotas), de defensa de la vida, de la dignidad, de solidaridad, de defensa de lo común y de tentativas de construcción de órdenes alternativos a los dominantes, son parte sin duda también de las luchas sociales con vocación emancipatoria en la actualidad.

En ese sentido podemos identificar algunos de dichos conflictos y luchas transversales en la región (con diversas combinaciones según los países y pueblos y los procesos históricos), que arraigan en ejes en torno a la cuestión de la tierra, la reforma agraria, la protección de la naturaleza y los bienes comunes, a la defensa y el acceso a la educación, la formación y la cultura, al autogobierno y la autodeterminación, a la satisfacción de necesidades sociales individuales y colectivas, a los derechos humanos, el mundo del trabajo (trabajo esclavo, sobreexplotación del trabajo, trabajo asociado, de subsistencia, precario, cooperativo, entre otros), a luchas antipatriarcales, a la afirmación de lo nacional-popular, a la lucha contra los diversos imperialismos y contra diversas formas de opresión y violencia, a la defensa de un pensamiento crítico propio, al acceso a niveles adecuados de protección social, a la integración y solidaridad con otros pueblos y naciones, a la construcción de sociedades y relaciones sociales de nuevo tipo, entre otros. Nos parece que los mismos tienen por lo general en el horizonte la afirmación, defensa y promoción de las distintas formas de vida, en base a principios de dignidad, igualdad, libertad, solidaridad.

Por otra parte, más allá de aquellos trazos estructurales y relativamente permanentes, nos parece importante señalar la historicidad que atraviesa a estos diversos conflictos y luchas según los diversos momentos históricos y desafíos de cada presente y coyuntura. Es decir que, sobre todo en términos socio-políticos, sus articulaciones y relaciones han ido cambiando históricamente, y se expresan de formas diferenciadas también en los contextos nacionales o regionales, a pesar de compartir características comunes en cada ciclo. Lo que sí es importante destacar es una reserva socio-política y cultural de resistencia desde diversas luchas de clases y sociales en Nuestra América, así como de tentativas de constitución de alternativas sociopolíticas de carácter democratizante y emancipador, que han intentado llevar adelante propuestas y articulaciones socio-políticas, más parciales o más globales, frente a dichas dominaciones más estructurales.

Cabe acotar por su parte que los ciclos de luchas y las articulaciones hegemónicas predominantes, no son absolutamente independientes de los ciclos de dominación (combinados con ciertas dosis de legitimidad activa o pasiva), sino que también estos, al agudizar ciertos conflictos y plantear otros, abren también paso a una reconfiguración potencial de las luchas. Tampoco podemos dejar de considerar la existencia de conflictos y contradicciones al interior de estas luchas y ciclos, que de hecho han acontecido y suceden, incluyendo aquí también a las luchas que se han orientado más institucionalmente en términos del acceso al sistema de representación política desde el control del aparato estatal (sea en el plano local, nacional, regional, etc.).

Muchos de aquellos conflictos, luchas e imaginarios han estado presentes, en diversas combinaciones, relaciones y también distanciamientos, en los diversos ciclos

de luchas más recientes que han vivido nuestras sociedades, habiendo adoptado una configuración particular durante la vigencia del capitalismo imperialista o monopolista, el que es sin duda también dependiente para la región. Dicho ciclo de lucha estuvo pautado con predominancia de un formato nacional-popular y con hegemonía de una matriz sindical (aunque no exclusiva). Pero es necesario incluir las transformaciones más recientes producidas por el neoliberalismo bajo la hegemonía financiera y la reestructuración productiva, que apuntan en un sentido de un capitalismo cada vez más barbarizante y atravesado por la “desposesión” y el ataque a distintas formas de vida. Teniendo como antecedentes algunos ciclos de luchas más recientes (décadas de los 60 y 80), nos centramos en el impacto de las políticas neoliberales en la región, sobre todo a partir de las premisas del Consenso de Washington, sobre todo durante los años 90 en América Latina y el Caribe (ya con antecedentes en varias dictaduras de seguridad nacional y en algunos gobiernos de las transiciones a la democracia formal)

De un lado el ciclo de la década de los 60 estará fuertemente influenciado por la revolución cubana y las posibilidades de construir un socialismo antiimperialista en la periferia, con importante protagonismo de los movimientos campesinos y de trabajadores y apelando – no exclusivamente si tenemos en cuenta, entre otras, la experiencia de la Unidad popular en Chile y la pretensión de construir el socialismo por vías democráticas con Allende – a la lucha armada como pretendidamente catalizadoras de una sublevación popular (lo que continuará en América central, y sobre todo en Colombia por varias décadas más). Ya el ciclo de los 80 estará enfocado, sobre todo en América del sur, en la recuperación democrática frente a las dictaduras, en la recomposición de diversas luchas sociales fuertemente castigadas por las mismas, en movimientos estudiantiles, sindicatos, incluídas algunas emergentes como los movimientos de derechos humanos, nuevas manifestaciones de luchas de las mujeres, de cooperativas de vivienda en el caso uruguayo, de vecinos habitando en “asentamientos irregulares”, en las luchas de los sin tierra brasileños, en la reorganización y construcción política de diversos movimientos campesino indígenas en los Andes y en América central y México, etc. Al mismo tiempo habrá un fuerte énfasis en la construcción de una izquierda partidaria de carácter más institucional y ya no tan insurreccional o revolucionaria, que dispute hegemonía en la sociedad, pero sobre todo electoralmente para el acceso al control del poder político.

Por su parte el ciclo abierto por las luchas antineoliberales en América Latina en los 90 mostrará un arco más diverso pero también más heterogéneo, con la importancia de la consolidación de las articulaciones de diversos movimientos campesino indígenas en Bolivia, Ecuador y México (en parte también en el norte argentino y en el Paraguay, y con fuertes resistencias y construcciones alternativas en Colombia y Perú), mostrará también el debilitamiento de muchos sindicatos y centrales opositoras fuertemente golpeados por las políticas neoliberales de reestructuración productiva (con algunas excepciones como el caso de Brasil y Uruguay, que mantuvieron un protagonismo político importante, entre otros), ubicará nuevos actores y luchas vinculadas a los trabajadores desocupados y asambleas barriales de sectores medios en la Argentina, a los estudiantes secundaristas en Chile, a los pobres urbanos en Venezuela, a las luchas por la tierra y reforma agraria en Paraguay, a los movimientos de mujeres y por la diversidad, a las luchas de derechos humanos, a los sin techo brasileños. Resta profundizar a su vez cómo se ubican estos movimientos y luchas en el momento actual, luego del auge y declive del período progresista, sobre el que pueden notarse

algunas señas importantes de reactivación en estos últimos años. Pero es sin duda una tarea pendiente para otros estudios.

Apelamos para estas reflexiones a un conjunto de conceptos y estrategias de interpretación ancladas básicamente en el arsenal de Gramsci, que nos parecen tener importante vigencia para pensar e interpretar las realidades socio-políticas y culturales de nuestras formaciones sociales, así como interpretar las posibilidades de las luchas y su articulación que se orientan en un sentido emancipatorio: hegemonía, sociedad civil y concepción ampliada del Estado, relaciones sociedad civil-estado, guerra de posiciones y de movimiento, relaciones de fuerza, entre otras posibles. También apelamos a un conjunto de interpretaciones de intelectuales latinoamericanos que han trabajado con algunas de estas categorías para pensar nuestras realidades, incluyendo obviamente el ciclo progresista y la coyuntura actual. Pero también intentamos recurrir a otros aportes conceptuales e históricos para dar cuenta de algunas particularidades socio-históricas de nuestras formaciones sociales, y en particular de los conflictos estructurales y las luchas sociales que han moldeado muchas de las luchas sociales en la modernidad latinoamericana.

Intentamos poner el foco en las luchas de los movimientos sociales o sujetos colectivos populares, y sus vinculaciones con el llamado ciclo progresista en América Latina (a falta de un mejor término, ya que el mismo puede esconder muchas diversidades en su seno). Entendemos que dichos movimientos y luchas no han sido externos al mismo, sino una parte constitutiva fundamental del mismo, sobre todo en los orígenes y gestación de dicho ciclo, bajo distintos formatos que han variado según los casos nacionales, pero en cualquier caso constituyéndose en parte de un proceso de rebelión y movilización que logró poner en jaque importantes cimientos de las políticas neoliberales implementadas fuertemente hasta entonces en toda la región. Ciertamente pudimos ver un debilitamiento y/o reflujo de muchas de dichas relaciones/articulaciones, sobre todo promediando el primer lustro de la segunda década del siglo, en términos de la constitución de una voluntad colectiva portadora de un proyecto de transformaciones sociales.

Sobre ello impactaron condicionamientos más bien externos, como la crisis del 2008 a nivel planetario, la baja posterior en el precio de las commodities, así como el avance global de una lógica cada vez más destructiva del capital, con hegemonía financiera y también el avance de la derecha a nivel global y regional. La misma inclusive apeló irónicamente a algunas estrategias “gramscianas” de la guerra de posiciones para recuperar hegemonía y legitimidad social, pretendiendo dar la batalla contra un supuesto “marxismo cultural”, apelando a alianzas con algunos sectores religiosos fundamentalistas, promoviendo procesos de precarización creciente en el mundo del trabajo, fomentando procesos de individualización y competencia exacerbada entre trabajadores, sustentándose fuertemente en una moral conservadora y combativa frente a los derechos conquistados por las mujeres, los grupos de diversidad sexual, los grupos de afrodescendientes e indígenas, etc., difundiendo visiones del mundo cada vez más irracionalistas y conservadoras del orden social. Su apuesta no es nada nueva, supone mantener intocado el orden capitalista y la lógica de acumulación, y favorecer la lógica de mercado y del “individualismo posesivo” en la satisfacción de necesidades humanas, apelando a la meritocracia y a la desigualdad como “motores” del crecimiento económico y desarrollo. Dicho poder del sistema de capital, de sus “personificaciones” y de las instituciones que lo respaldan (grandes medios de

comunicación, grandes conglomerados económicos, sectores del Poder judicial, fuerzas armadas, algunos sectores eclesiásticos, fundaciones y think tanks etc.) tampoco fueron profundamente afectados por el ciclo progresista, salvo algunas excepciones, lo que también debería incluirse necesariamente en un balance del mismo. Es más, en ocasiones el progresismo planteó también algunas alianzas con algunos sectores del capital y de las élites dominantes, de preferencia ubicados en el problemático campo y concepto de “burguesía nacional”, para garantizar una supuesta paz social.

Pero más que una dirección hegemónica, que está fuertemente cuestionada porque ha perdido cualquier horizonte civilizatorio, la derecha política y cultural y el sistema de capital promueven básicamente estrategias coercitivas y represivas, a favor de la criminalización de la pobreza, de la dictadura del mercado y el capital, de la segregación territorial y la fractura social, entre otros aspectos.

Sin embargo, como argumentamos, deben recuperarse también positivamente muchos logros y conquistas de la era progresista o del ciclo de impugnación neoliberal, que no reiteraremos aquí, sobre todo en términos de algunos avances democratizadores registrados en este período. Pero también son relevantes dichos cambios si tomamos en cuenta las profundas estructuras de desigualdad y de dominación que han atravesado a América Latina en toda su historia moderna, y que han afectado fundamentalmente a los trabajadores y a sus pueblos en general, con cortes étnico-raciales, de género, generacionales, etc., como veíamos anteriormente.

En este sentido se han dado pasos democratizadores importantes para revertir algunas de esas tendencias, en los que aparece como fundamental el protagonismo que han tenido diversas luchas populares al inicio y durante este ciclo. También se lograron avances nada desdeñables en instancias y articulaciones de nivel supranacional, que supusieron un cambio en la correlación de fuerzas a nivel continental y con incidencias a nivel mundial por un orden mundial más justo.

Más allá del regreso firme de la derecha pos 2015 y sus avances en estos años, parece presentarse la reemergencia de nuevas luchas sociales y resistencias sociales en la coyuntura actual – que parece augurar un nuevo ciclo de protesta en América Latina, agravado por el manejo de muchos de nuestros gobiernos y clases dominantes de la emergencia sanitaria y con las consecuencias abrumadoras en materia social y económica de la misma–, que puede indicar en varios países de la región la posibilidad de un nuevo ciclo “neo”/”tardo” progresista (Minutella, 2020). Ello indica sin duda una fuerte disputa hegemónica en el contexto actual. Sin embargo, es momento también de un importante y necesario balance y autocrítica, tanto al interior de los movimientos sociales y populares en la región, incluyendo también a las fuerzas políticas que han sido parte de estos procesos, para no repetir errores del pasado, y consolidar proyectos efectivamente contrahegemónicos<sup>34</sup>.

---

<sup>34</sup> En este sentido es importante resaltar la existencia de importantes distanciamientos y contradicciones en algunos de estos procesos entre las bases y algunos movimientos sociales, intelectuales y algunos partidos progresistas. Por poner sólo algunos ejemplos, en el caso de Ecuador ha sido notorio el distanciamiento entre el movimiento indígena y el presidente Correa, sobre todo en su segundo mandato, pero también han ocurrido serios desencuentros en relación a grupos feministas e incluso algunos sectores del movimiento sindical.

Esto tuvo una expresión reciente en las elecciones nacionales realizadas en Ecuador en este 2021, donde el candidato Yaku Pérez del movimiento Pachakutik, quien ya había tenido posicionamientos extremadamente críticos con otros gobiernos progresistas en América Latina, convocó a votar anulado

Pero también deberíamos poder aprender algo acerca de las tensiones y contradicciones que han permeado a dichos bloques históricos, donde sin duda los gobiernos y las fuerzas políticas han tenido en general responsabilidades importantes al no apelar a un efectivo protagonismo popular de la ciudadanía y de los movimientos y luchas populares aliadas o cercanas, o se han vinculado con ellos desde lógicas de cooptación o “transformismo”, o más grave aún en algunos casos, desde la deslegitimación o represión directa de algunos de estos movimientos.

Entendemos que ello supone una reflexión profunda dentro de dichas fuerzas políticas y diversos movimientos sociales y populares que han formado parte de este ciclo o pueden formar parte en el futuro, así como del conjunto de intelectuales y organizaciones que han participado de diversas formas de estos procesos. Por un lado, porque algunos movimientos han promovido también prácticas de ocupación de espacios en el Estado, promoviendo a veces sus intereses particulares más que los generales. Por otra parte, la emergencia de posicionamientos fuertemente identitarios en algunos movimientos y luchas sociales, de carácter más bien económico-corporativo en los términos de Gramsci, implica de hecho un conjunto de problemas muy complejos y que impiden la construcción de una voluntad colectiva y de una dirección política en un sentido más ético-político y universalizador. La unidad (en la diversidad) aparece como una idea fuerza a construir cotidianamente y en las luchas concretas. Sin ella no habrá posibilidad efectiva de vencer el avance de la derecha autoritaria y de los intereses de las viejas élites, siendo que el sistema de dominación y sus intereses son muy poderosos como para pensar que luchas aisladas (aunque puedan contener impulsos radicales) puedan tener algún efecto transformador significativo. Es necesario mucho diálogo, convencimiento y desarrollar procesos de comunicación y educación popular que apunten a la participación protagónica y consciente de las amplias masas populares, sectores medios y diversos colectivos sociales, constituyendo un “buen sentido” (desde el concepto gramsciano) y una praxis emancipatoria. Sin ello no habrá transformaciones substantivas posibles. Se trata de pasar en todo caso de una multiplicidad de sujetos en lucha (más fragmentados) a un sujeto múltiple y diverso (Ouviña, 2013), pero obviamente unitario y articulado, con una propuesta y una práctica global de transformación social. De eso se trata la cuestión de la hegemonía, en lo fundamental.

Se debe retomar una guerra de posiciones que nunca debió de abandonarse, en el plano de la reforma cultural y del sentido común, más allá de los avances en haber llegado al control de algunos gobiernos, y transformar también las relaciones de producción. Por lo tanto, también se trata de fortalecer una sociedad civil en tanto espacio de disputa por la hegemonía y la dirección intelectual y moral, que sigue siendo una tarea pendiente en nuestra región, al mismo tiempo que pensar y poner en práctica “nuevas formas de Estado”, a partir de una estrategia de participación popular protagónica.

---

en la segunda vuelta electoral. Esto tuvo un efecto sin dudas en el triunfo del candidato Lasso de la derecha ecuatoriana, venciendo al candidato Araúz que se presentaba como una especie de reformador del correísmo y la revolución ciudadana.

Otro ejemplo reciente fue en el caso del golpe a Evo Morales por parte de la derecha boliviana y apoyado por la OEA en 2020, que llevó a algunos intelectuales y grupos críticos con el MAS, y entre ellas a Rita Segato, una destacada intelectual feminista, a no caracterizar dicho cambio institucional como un golpe y a tender a responsabilizar a Morales por su afán reeleccionista y no haber respetado el resultado del plebiscito que realizó con ese fin, entre otras acusaciones.

Otro de los desafíos parece ser sin duda el retomar una estrategia claramente anticapitalista, que se articule con otras contradicciones y luchas sociales, con estrategias anticoloniales, antiimperialistas, con luchas étnico-raciales, de género y diversidad, de los movimientos campesino-indígenas, de reivindicaciones ambientales, generacionales, entre otras, desde una perspectiva de radicalidad y profundización democrática y de defensa de la vida. Ello implica también enfrentar la dependencia en sus múltiples formas, económica, política, cultural e incluso intelectual.

Y en este sentido, y para finalizar, quizás Walter Benjamin tuviera razón: *“Marx dice que las revoluciones son la locomotora de la historia mundial. Pero tal vez se trata por completo de algo diferente. Tal vez las revoluciones son el manotazo hacia el freno de emergencia que da el género humano que viaja en ese tren”* (Benjamin, 2005: 40).

## **Bibliografía**

- ANSALDI, W. y GIORDANO, V. (2012): América Latina. La construcción del orden. Tomo I. De la Colonia a la disolución de la dominación oligárquica. Buenos Aires, Ariel. 1era. ed.
- BENJAMIN, W. (2005): Tesis sobre la historia y otros fragmentos. Traducción de B. Echeverría. México DF: Contrahistorias.
- BRENES, A. y CASAS, A. (2017): “Luchas por la hegemonía y movimientos sociales en el actual contexto latinoamericano: ¿agotamiento, final o redefinición del ciclo progresista?”. Montevideo, Ponencia en XXXI Congreso de ALAS: “Las encrucijadas abiertas de América Latina. La sociología en tiempos de cambio”. 3 a 8 diciembre. Mimeo.
- BRINGEL, B. (2020): “Movimientos sociales y realidad latinoamericana: una lectura histórica teórica” en Torres, Esteban (ed.) *Hacia la renovación de la teoría social latinoamericana*. Buenos Aires, Clacso, edición virtual. pp. 209-228.
- BRINGEL, B. y FALERO, A. (2016): “Movimientos sociales, gobiernos progresistas y Estado en América Latina: transiciones, conflictos, mediaciones.” *Salvador, Brasil. Caderno CRH*. Vol. 29. pp. 27-45.
- CASAS, A. (2018): “Luchas por la hegemonía y bloques históricos en el Uruguay contemporáneo y en la actual coyuntura”, en AAVV: *Cuaderno de investigaciones 1: Sujetos colectivos populares, disputas hegemónicas y Trabajo Social*. Grupo I+ D, CSIC, Udelar. Montevideo.
- CASAS, A. (2018b): “Notas sobre luchas de clase y luchas socio-políticas en Nuestra América en el contexto actual.” *Revista Realis de Estudos Antiutilitaristas e Poscoloniais*, diciembre, UFPE, Brasil.
- CASAS, A. (2020): “Tiempo histórico, redención y oprimidos en Benjamin. Aportes para la praxis político-cultural”, en *Revista De Ciencias Sociales*, 33(47), 31-46. <https://doi.org/10.26489/rvs.v33i47.2> Montevideo, Depto. Sociología FCS de la Udelar.
- COUTINHO, Carlos Nelson (1980): *A democracia como valor universal*. São Paulo, Livraria Ed. Ciências Humanas.
- COUTINHO, Carlos Nelson (1988): “As categorías de Gramsci e a realidade brasileira”, en Coutinho, Carlos Nelson y Nogueira, Marco Aurélio (orgs.) *Gramsci e a América Latina*. São Paulo, Paz e Terra. 103-127
- COUTINHO, Carlos Nelson (1994): *Marxismo e política. A dualidade de poderes e outros ensaios*. São Paulo. Cortez.

- COUTINHO, Carlos Nelson (1999): Gramsci. Um estudo sobre seu pensamento político. Rio de Janeiro. Civilizacao Brasileira. Nova ed. Revista e ampliada.
- COUTINHO, Carlos Nelson (2006): Intervencoes: o marxismo na batalha das idéias. São Paulo. Cortez.
- DURAND, A. (2020): "Un nuevo ciclo político en los Andes." Jacobin América Latina. Buenos Aires, Jacobin Foundation. Edición virtual 17/11/20. Recuperado de: [www.jacobin.lat](http://www.jacobin.lat)
- ELLNER, S. (2011): "Lo que queda de la izquierda: Relatos de las izquierdas latinoamericanas." Cuadernos del Cendes, 28(78), 149-158. Recuperado de [http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1012-25082011000300010&lng=es&tlng=es](http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1012-25082011000300010&lng=es&tlng=es)
- FALERO, A. (2014): "Del cambio a la contención del cambio: ¿período bisagra en América Latina?. En Acosta, Y.; Casas, A.; Mañan, O; Rodríguez, A.; Rossi, V.: Sujetos colectivos, Estado y capitalismo en Uruguay y América Latina. Perspectivas críticas. Montevideo, Espacio Interdisciplinario, UR- Trilce, pp.19-32.
- GONZÁLEZ CASANOVA, P. (1970): Sociología de la explotación. México, Siglo XXI, 2ª ed.
- GRAMSCI, A. (1980): Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno. Editores: Nueva Visión, Madrid
- GRAMSCI, A. (1985): Introducción al estudio de la filosofía. Cuadernos de la Cárcel. Barcelona. Crítica. Prólogo de Manuel Sacristán.
- GRAMSCI, A. (1998): Cartas desde la cárcel. Buenos Aires, Nueva Visión.
- GRAMSCI, A. (2000): Cadernos do Cárcere. Maquiavel. Notas sobre o Estado e a Política. Volume 3. Rio de Janeiro. Civilizacao Brasileira. Ed. C. N. Coutinho. Co-editores: M.A. Nogueira y L.S. Henriques.
- GRAMSCI, A. (2003) Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el Estado moderno. Cuadernos de la Cárcel. Buenos Aires, Nueva Visión. Trad. José Aricó.
- GUDYNAS, E. (2013) "Más allá del nuevo extractivismo. Transiciones sostenibles y alternativas al desarrollo." En: El desarrollo en cuestión. Reflexiones desde América Latina. OXFAM - Universidad Mayor San Andrés de Bolivia. Recuperado de: <http://www.envio.org.ni/articulo/4779>.
- HARVEY, D. (2006): "O novo imperialismo: acumulacao por espoliacao", en Panitch, Leo e Leys, Colin (Eds.) O novo desafio imperial. Socialist Register 2004. Merlin Press, Clacso, pp. 95-125.
- LIGUORI, G. (2013): "Los estudios gramscianos hoy" en Modonesi, Massimo (coord.) Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci. México, UNAM. Pp. 19-42.
- MARINI, R. M. (2005): "Sobre a Dialética da dependencia", en Traspadini, Roberta e Stédile, João Pedro (orgs.), 2005: Ruy Mauro Marini. Vida e obra. São Paulo, Expressão Popular, pp. 181-205.
- MINUTELLA (2020): "¿Dónde quedó el progresismo?". Nueva Sociedad. Caracas. Recuperado de: <https://nuso.org/articulo/donde-queda-el-progresismo/>
- MODONESI, M. (2013): "Revoluciones pasivas en América Latina. Una aproximación gramsciana a la caracterización de los gobiernos progresistas de inicio de siglo", en Id (coord.) Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci. México, UNAM, pp. 209-236.

- MODONESI, M. (2015) "Fin de la hegemonía progresista y giro regresivo en América Latina. Una contribución gramsciana al debate sobre el fin de ciclo". En Viento Sur núm. 142, Madrid, octubre de 2015.
- OLIVER, L. (2006): "René Zavaleta ante la especificidad latinoamericana del Estado y la política." En Aguiluz, Maya y De los Ríos, Norma (coords.) René Zavaleta Mercado. Ensayos, testimonios y revisiones. Buenos Aires, Miño y Davila y otros. pp. 225-235.
- OLIVER, L. (2018): "Estado y políticas públicas en el contexto de avance del neoconservadurismo en América Latina", en Fernández Soto, Silvia y Tripiana, Jorge (coords.): Estado, políticas sociales y movimientos sociales. Debates latinoamericanos. Tandil. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. FCH. Proieps. pp. 12-27.
- OUVIÑA, H. (2013): "La política prefigurativa de los movimientos populares". Acta sociológica 62. México. pp. 77-104
- OUVIÑA, H. y Thwaites Rey, M. (2019): "El ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina: auge y fractura." En Ouviaña, y Thwaites Rey, Mabel: Estados en disputa. Auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina. Buenos Aires. El colectivo. lealc. Clacso. pp. 17-61.
- OUVIÑA, H. (2021) "Estados alterados. ¿Fin de ciclo o reimpulso? Sí, por favor!" Jacobin América Latina. Buenos Aires, Jacobin Foundation. Edición virtual. 23/02/21.
- PEREIRA DA SILVA, F. (2015): Democracias errantes. Reflexoes sobre experiencias participativas na América Latina. Rio de Janeiro, Ponteio, 1era ed.
- PETKOFF, T. (2005). "Dos izquierdas". Caracas, Alfadil Ediciones.
- PORTANTIERO (1977): Los usos de Gramsci. En Cuadernos del Pasado y Presente, No. 54. México, D.F.
- POULANTZAS, N. (1979) Estado, el poder y el socialismo. México, Siglo XXI, 1era ed.
- STOESSEL, Soledad (2014): "Giro a la izquierda en la América Latina del siglo XXI. Revisitando los debates académicos" Polis, Revista Latinoamericana, Volumen 13, N 39, 2014, p. 123-149
- SVAMPA, M. (2013) "'Consenso de los Commodities' y lenguajes de valoración en América Latina." Nueva Sociedad No 244, marzo-abril de 2013, ISSN: 0251-3552. [www.nuso.org](http://www.nuso.org)
- SVAMPA, M. (2015) "Termina la era de las promesas andinas" En: Ñ. Revista de cultura. Clarín, Buenos Aires, 25/08/15. Recuperado de: [http://www.revistaenie.clarin.com/ideas/Termina-promesas-andinas\\_0\\_1417058291.html](http://www.revistaenie.clarin.com/ideas/Termina-promesas-andinas_0_1417058291.html)
- SVAMPA, M. (2016) Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollismo, dependencia y populismo. Buenos Aires, Edhasa.
- TAPIA, L. (2006): "La producción teórica para pensar América Latina." En Aguiluz, Maya y De los Ríos, Norma (coords.) René Zavaleta Mercado. Ensayos, testimonios y revisiones. Buenos Aires, Miño y Davila y otros. pp. 213-223.
- THWAITES REY, M. (2004) La autonomía como búsqueda. El Estado como contradicción. Buenos Aires, Prometeo.
- THWAITES REY, M. (2016): "La impugnación al neoliberalismo y su crisis. La diaria, 20 mayo de 2016. Montevideo. Recuperado de: <http://ladiaria.com.uy/articulo/2016/5/la-impugnacion-al-neoliberalismo-y-su-crisis/>

WOOD, Ellen M. (2000): Democracia contra capitalismo. La renovación del materialismo histórico. México, Siglo XXI. UNAM.